

TORRE
Amarillo 3

Las sonrisas perdidas

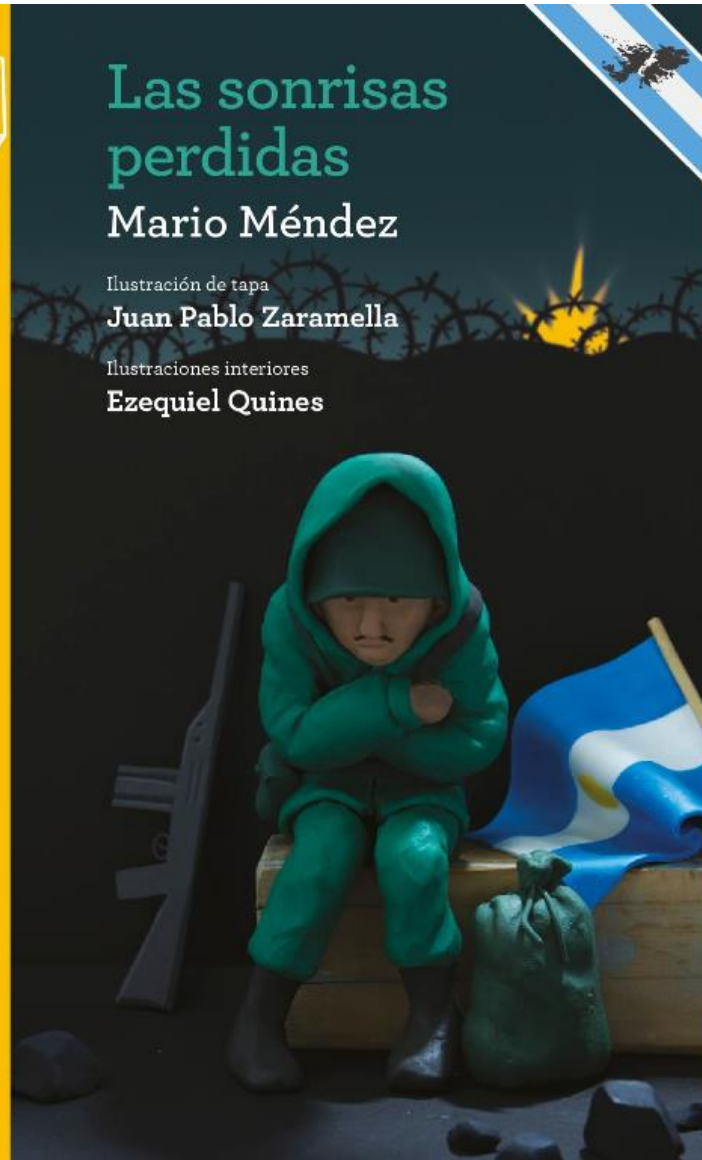
Mario Méndez

Ilustración de tapa

Juan Pablo Zaramella

Ilustraciones interiores

Ezequiel Quines





Las sonrisas perdidas

Méndez, Mario
Las sonrisas perdidas / Mario Méndez ; dirigido por Laura Leibiker ; edición
literaria de Laura Linzuain ; ilustrado por Ezequiel Quines. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2021.
Libro digital, HTML - (Torre amarilla)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-807-024-7

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Leibiker, Laura, dir. II. Linzuain,
Laura, ed. lit. III. Quines, Ezequiel, ilus. IV. Título.
CDD A883.9282

© Mario Méndez, 2021
© Editorial Norma, 2021
Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción
total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación
"N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición digital: agosto de 2021

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker
Edición: Laura Linzuain
Corrección: Patricia Motto Rouco

Jefa de arte: Valeria Bisutti
Diagramación: Jimena Ara Contreras y Jessica Erizalde Gómez

Gerente de producción: Paula García
Jefe de producción: Elías Fortunato

CC: 62010661
ISBN: 978-987-807-024-7



Las sonrisas perdidas

Mario Méndez

Ilustraciones

Juan Pablo Zaramella y Ezequiel Quines



www.normainfantilyjuvenil.com/ar

A la memoria de Eduardo “Lalo” Manríquez.

Frente a la playa, mientras el mar
hace cantar el pedregullo,
descubro que la única patria es la memoria.

Federico Lorenz, *Fantasmas de Malvinas*.



1

Cuando Lalo llegó por primera vez a casa y golpeó las manos en la vereda mi amigo Fabi y yo estábamos sentados en el patio, jugando a la bolita.

—¡Puerta! —gritó mi mamá. Fabi me miró, yo me encogí de hombros.

—Que vaya Marcela, nunca hace nada —le dije.

—¡Pueeeertaaa! ¡Atendé, Leo! —volvió a gritar mi vieja, que siempre tuvo pocas pulgas.

Me levanté rezongando. Estaba a punto de ganarle una de las punteras, me venía a interrumpir el partido en el mejor momento.

—¿Y Marcela? ¿Por qué no va Marcela? —pregunté, mientras me acercaba a la puerta del living, arrastrando los pies.

—¡Estoy estudiando, nene! —oí que gritaba mi hermana, desde su pieza. Me reventaba que me

dijera “nene” y lo sabía. Pero ella estaba en cuarto año de la secundaria y yo en sexto grado. Ella se creía grande, ella estudiaba en serio. Y yo no, yo estaba para los mandados.

Le hice un gesto con el dedo, seguro de que no me vería, y abrí la puerta que daba a la calle. Mi amigo Fabi se había acercado y los dos nos sorprendimos.

Desde la puerta nos miraba un muchachito flaco, rapado, vestido con uniforme de fajina. Un soldado. Tenía un bolsito en el hombro y nos regaló una sonrisa luminosa.

—¿Acá vive la señora Carmen? —nos preguntó. Tenía una voz simpática, como la sonrisa.

—¡Maaa! —grité, pero no esperé a que ella viniera. Me acerqué a la tranquerita de la vereda, la abrí, lo invité a pasar. Fabián, que caminaba a mi lado, lo saludó con timidez. Fabi, un año menor que yo, era bastante vergonzoso.

Mi vieja se asomó a la puerta.

Lalo, el soldado, ya estaba entrando por el pasillo.

—¿Sí? —preguntó mi mamá.

—¿Señora Carmen? —preguntó él, al mismo tiempo. Los dos sonrieron.

—Tengo una carta para usted, de su hermana Julia —dijo él y le dio un sobre.

Era muy raro que un soldado trajera una carta de mi tía de Rawson, pensé. Mi mamá seguramente pensó lo mismo, pero lo hizo pasar, lo invitó a sentarse, le preguntó si quería un mate, o un vaso de

jugo. Él aceptó unos mates, siempre con esa sonrisa tan blanca que tenía.

Mi mamá abrió la carta, se puso a leer. Para ese momento, Marcela ya había considerado que sus importantísimos estudios podían esperar y se asomó al living. Lalo se paró para saludarla. Y la sonrisa luminosa pareció iluminar también a mi hermana.

Un rato después empezó la ronda del mate. Eduardo “Lalo” Gutiérrez, el soldado, era vecino de mi tía de Rawson. Le había tocado hacer el servicio militar, la temida “colimba” (por *correr, limpiar y barrer*, principales actividades de los soldados conscriptos, me explicó después mi papá), en un cuartel que está pasando el Parque Camet: el Grupo de Artillería Antiaérea 601, o “el GADA”, como le decía más simplemente Lalo. El soldado tenía veinte años, porque había pedido prórroga. Era una larga historia. Lo importante era que hacía más de dos meses que estaba solo en Mar del Plata, una ciudad que no conocía.

Lalo estuvo todo el día en casa, y cuando se hizo la hora de volver al cuartel estoy seguro de que mi mamá pensó en invitarlo a quedarse, aunque no lo hizo. Antes, supongo, tenía que conocerlo un poco más, quizás hablar con mi papá. Y lo invitó a que volviera, a almorzar con nosotros, el siguiente fin de semana.

El domingo, incluso antes del almuerzo familiar, yo creo que mi mamá ya estaba decidida. A mi papá

no le gustó la idea, y sé que discutieron, pero mi vieja solo se lo había dicho por cortesía: después de todo estaban separados desde que yo era muy chico, ella podía hacer lo que quisiera, y eso hizo. Había leído la carta de presentación de mi tía Julia, y Lalo, que le había caído muy bien, el domingo volvió a conquistarnos a todos con su simpatía. Apenas terminamos de comer mi mamá le dijo que nos sobraba lugar en mi pieza para armar otra cama, y que desde ese mismo día, cuando estuviera de franco, podía quedarse con nosotros, en vez de tener que dormir en los barracones del cuartel.

Así fue como el soldado entró en nuestra familia. Era agosto de 1981, yo tenía 11 años. Mi hermana, 17; él, 20. No sabíamos todo lo que nos iba a pasar, de muy bueno y de muy malo, desde el momento en que Lalo entró en casa. No sabíamos, ni el más delirante hubiera podido imaginar semejante cosa, que ocho meses después estaríamos en guerra. Y que, junto con Lalo, todos nosotros entraríamos en lo que muchos tomaron, al principio, como una gesta patriótica, una esperanza. Lo que muy pronto se transformó en miedo, en locura.



El 26 de marzo embarcamos en el Cabo San Antonio. Yo nunca había navegado en mar abierto. El barco, con el oleaje gigantesco, subía y bajaba sin parar, y varios vomitamos. Nos habíamos enterado del destino apenas un día antes. ¡Malvinas! No pudimos contarle a nadie, yo solo pensaba en llegar y escribir, a mi casa y a Mar del Plata, que era como mi segunda casa. No sabía si iba a haber tiros, y no me tocó estar en el grupo que rodeó la residencia del inglés que gobernaba las islas, donde resistieron la invasión y hubo una primera baja, el capitán Giachino. Lo supimos después, el 2 de abril a la noche, cuando cenábamos. Pensamos que la comida era poca y el abrigo insuficiente, y hasta hicimos bromas con eso. Todavía no sabíamos qué eran el hambre y el frío. Ni tampoco el miedo.



A la semana de su llegada sabíamos todo lo que había que saber de Lalo, o casi. Era patagónico, no había terminado la secundaria, le gustaban los autos de carrera, el mate y la músicaailable, más que nada el rock, pero también la cumbia. Bailaba bien, nos dijo, aunque tardaríamos en ver esas habilidades. Y jugaba muy bien al fútbol, cosa que comprobamos enseguida. Había hecho las inferiores en Germinal, un club de Rawson, la ciudad donde había nacido y vivido casi toda la vida, con su familia bastante numerosa, a dos casas de la de mi tía Julia. Jugaba tan bien que lo habían llevado a Buenos Aires, a probarse en Ferro. Fue por eso que tuvo que cambiar el domicilio, pedir prórroga cuando le tocó el 738 en el sorteo del servicio militar, y a la larga, eso lo mandó a Mar del Plata, al grupo de artillería antiaéreo. Y después a Malvinas.

En Ferro jugó en la quinta y en la cuarta, y cuando estaba a punto de llegar a la tercera se rompió los meniscos en un entrenamiento. Igual, ya operado, podría haber seguido jugando. En el Parque Camet, cuando tenía franco en el cuartel e íbamos con mi viejo a patear, siempre se lucía.

Aunque mis viejos estaban separados, mi papá nos veía todos los fines de semana. A veces se llevaba a Marcela a su casa, pero no muy seguido, porque mi hermana y él, los dos con carácter bastante podrido, se peleaban mucho. Yo me instalaba en el departamento de mi papá los sábados al mediodía, apenas él cerraba el negocio, una ferretería de barrio que andaba más o menos. Durante todo el año, salvo en verano y solo si hacía mucho calor, el Parque Camet era una fija de los domingos: asadito en las parrillas del fondo y después del postre algún picado.

La primera vez que lo vimos jugar, en el parque, nos dimos cuenta de que era un crack. Todos le decían “soldado”, obvio, porque con la cabeza rapada no podía ser otra cosa. “Pasala, soldado”, “picá, soldado”, “larga, soldado”, le gritaban. Lalo se reía. Una vez él le gritó a un rubio “tocala, galenzo”, y el rubio se lo quedó mirando, como todos, sin entender. Después del partido nos explicó: en Rawson (y en Trelew, y en Madryn, y en todo Chubut) a los rubios, por la enorme comunidad galesa, les decían “galenzos”. Por suerte el rubio no pensó que nuestro soldado lo estuviera insultando, aunque era una palabra que sonaba bastante rara.

A mi viejo Lalo le caía bien, pero seguía molesto con la idea de que estuviera instalado en casa. Estaba claro que por Marcela. Después de todo, mi hermana tenía 17 y el soldado 20, así que no veía con buenos ojos tanta cercanía. “Para qué tentar al diablo”, decía. Pero Lalo le juró que era un caballero, le regaló una de esas sonrisas compradoras que funcionaban con todo el mundo y le dijo que, para él, Marcela era como una hermanita.

No creo que mi papá se haya quedado muy tranquilo. Y tenía razón, porque el diablo, cómo no, metió la cola. Una noche, más o menos al mes de su llegada, mi mamá me mandó al almacén a comprar algo que se había olvidado. Como siempre, pregunté por qué no iba Marcela, pero mi vieja me dijo que estaba estudiando en lo de unas compañeras. Salí rezongando, con la bolsa de los mandados a la rastra. Le chiflé a Fabi, que estaba en la vereda de su casa, enfrente, y nos fuimos por el medio de la calle, pateando una piedra.

A la vuelta del almacén, en la garita del colectivo, Fabi los vio.

—¿Che, esa no es tu hermana? —me preguntó.

No era una pregunta, en realidad. Claro que era mi hermana, estaba con Lalo y desde ya que no parecían hermanitos. Ellos también nos vieron, se separaron enseguida. Fabi quiso saludar, pero lo tironeé del buzo para que siguiera de largo.

La cena esa noche fue bastante incómoda. Marcela me miraba con cara de carnero degollado, como decía

mi abuelo Juan. Seguro rogaba por dentro que yo me callara la boca. Lalo estaba menos sonriente que de costumbre. Cuando nos fuimos a la cama apagué el velador enseguida. En la oscuridad, el soldado, desde su cama al lado de la mía, me habló muy serio.

—Te juro que yo a Marcela la quiero mucho...
—me empezó a decir, pero no lo dejé terminar.

—Sí, como a una hermanita, ya sé —le dije.

Se rio, no pudo evitarlo. Prendió el velador, que estaba sobre la mesa de luz entre las dos camas.

—Te juro que la quiero, Leo —me dijo.

Yo me di cuenta de que era sincero. Y, además, ¿qué le iba a decir?

—Dormite, soldado. Mañana tenés que madrugar —le contesté, y me di vuelta.

Se volvió a reír. Yo pensé que me iba a enojar, pero no, no tenía por qué. Desde que se había instalado en casa todos lo queríamos. Al parecer mi hermana lo quería un poco más. Qué se le iba a hacer.



La primera noche en las islas estábamos muy raros. Yo me había hecho muy amigo de un porteño, Esteban, que tocaba la guitarra (no se la habían dejado llevar, por supuesto), cantaba lindo y sabía un montón de fútbol, pero solo de lo que leía en El Gráfico, porque jugando era malísimo.

Metidos en las bolsas de dormir, charlábamos. La cosa no era broma. Ya había un muerto. Si los habitantes de las islas, que eran gente tranquila, habían resistido, ¿qué pasaría cuando se enteraran en Gran Bretaña? ¿Y si se nos venían?

“Vamos a tener que pelear —me dijo Esteban—, no hay otra”. No lo dijo de la manera en que, después nos enteramos, lo diría Galtieri. No era una bravuconada. Nada de “si quieren venir que vengan, les presentaremos batalla”. No, nosotros empezábamos a sentir que estábamos en peligro. Que nos podían matar.



3

Un poco antes de que llegaran las fiestas de fin de año mi hermana y Lalo decidieron que mi papá tenía que saber del noviazgo. Ya llevaban tres meses o un poco más en pareja, y todos sabíamos que si mi papá se enteraba por algún vecino se iba a enojar mucho. Era bueno, pero muy chinchudo. Incluso separados, mi vieja y él todavía se peleaban cada tanto, más que nada por el carácter de mi viejo, que podía ponerse insoportable.

Un fin de semana Marcela aceptó la invitación de mi papá a pasarla en su casa y me pidió que inventara una excusa para no ir. Quería estar sola con él, para contarle. Me dio bronca. Me perdía la noche del sábado, de golfito y helado, si mi viejo andaba bien de guita o, si estaba corto de plata, de pizza casera, truco y televisión, que también me gustaba. Y

la ida al Parque Camet, o a la playa, si hacía mucho calor. Pero acepté, porque soy un buen hermano y porque mi mamá también me lo pidió. Y porque el soldado, en esos días, había recibido una encomienda de su casa y entre las cosas que le llegaron había una camiseta de Germinal, verde y blanca a rayas, con el 8 en la espalda. Me dijo que la había pedido especialmente para mí. Pensé que no podía ser tan desagradecido, aunque le exigí a mi hermana que, por lo que quedaba del mes, los mandados tenía que hacerlos ella. Lo que nunca, me dio un abrazo fuerte y se rio.

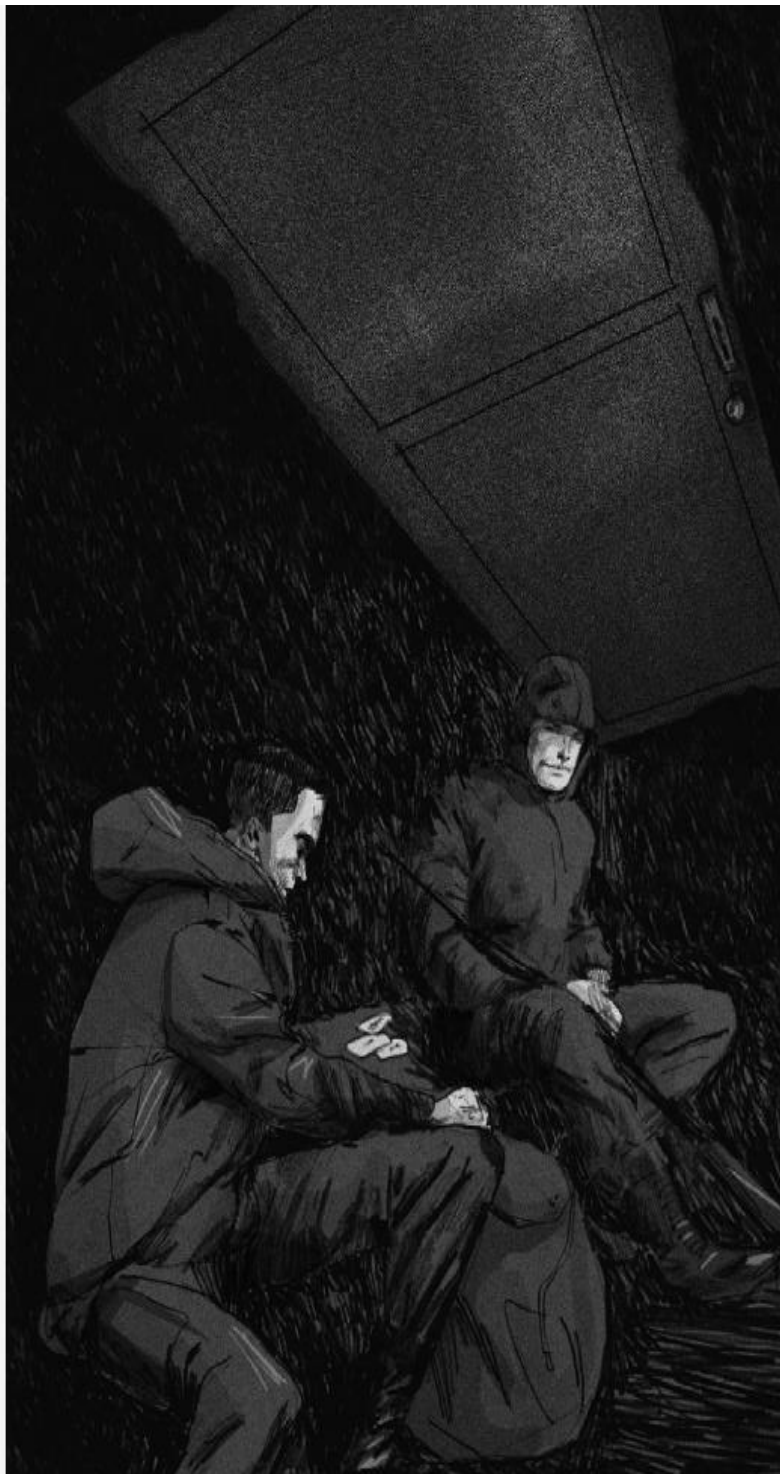
Por lo que supe después, la charla del sábado no fue fácil. A mi viejo no le había gustado nada la novedad, se había largado a los gritos un buen rato, hasta que Marcela lo calmó. Y después de la cena, cuando salieron a tomar un helado por la costa, Lalo apareció haciéndose el encontradizo. No sé si a mi viejo se le atragantó el cucurucho, pero si le dieron ganas de tirarlo a nadar vestido tal como estaba, se las guardó.

Después de eso, cuando llegaron las fiestas, fuimos una familia modelo de modernidad. Mis viejos propusieron que festejáramos juntos. Salió bien; no hubo, por suerte, ni siquiera una pelea. Ninguno de los dos tenía novio o novia en ese momento, al menos que yo supiera, y si los tenían, decidieron no mostrarlos. Para Navidad, mi vieja sirvió pollo frío, de plato principal, y lengua a la vinagreta con rusa para la entrada. Mi viejo trajo el helado y las sidras,

el pan dulce y los turrone. El soldado no tenía ni una moneda para aportar nada, pero se ofreció a hacer la ensalada de frutas, con la ayuda de mi hermana, a las risitas. En año nuevo hubo asado. Desde ya que mi papá no permitió que Lalo fuera a meter los garfios en su parrilla, pero sí le aceptó el Gancia que él le llevó, con unos quesitos. Un yerno gentil.

El verano pintaba lindo. Marcela no se había llevado materias, yo había pasado de grado, y Lalo, que ya sabía cómo operar una batería antiaérea (“¿Para qué? —se preguntaba mi viejo, que además detestaba a los milicos que nos gobernaban a la fuerza—, iqué pérdida de tiempo y de plata!”, protestaba), al cuartel iba poco y nada. Tendríamos mucha playa.

Pero a mitad de enero, en lo mejor de las vacaciones, a Lalo, junto a sus compañeros del GADA, lo movilizaron al sur. Se iba a un cuartel en Sarmiento, un pueblito de Chubut, cerca de Comodoro Rivadavia. Nadie sabía por qué, todavía.



A nosotros nos tocó apostarnos en Goose Green, como la llamaban los kelpers, o Pradera del Ganso, en argentino. Pronto nos dimos cuenta de por qué le decían así. Estaba lleno de avutardas, unos pájaros grandotes, silvestres, parecidos a los gansos de granja. Cuando tuvimos que comer alguno entendimos por qué no los criaban: la carne era dura, amarga. Pero cuando los comimos, muertos de hambre como estábamos, nos parecieron un manjar.

Nos ordenaron que hiciéramos pozos de zorro, unos agujeros en la tierra helada, tipo trinchera, donde nos quedábamos generalmente de a dos, a la espera. Hacíamos los pozos a pura pala, y después los camuflábamos como podíamos. Nosotros, con Esteban, encontramos una puerta por ahí, en el poblado cercano, que se llamaba Darwin, y la pusimos encima. Nuestra cueva estaba tan bien camuflada que los otros soldados pasaban cerca y no nos veían. Escuchábamos, porque había que estar en silencio, los ratoncitos de campo corriendo por arriba de la puerta. Pero a los pocos días tuvimos que desarmar el pozo y hacer uno nuevo a

unos cuantos metros. Llovió mucho y se nos inundó el agujero.

Fue ahí, mojados y con hambre (había que ir a buscar el “rancho” —como se le llamaba a la escasa comida— a una escuela, en el pueblito, y solo se podía ir una vez al día), que empezamos a sentir el frío. Un frío que congelaba.

Hablábamos de cualquier cosa, jugábamos al truco hasta que se nos rompieron las cartas, rezábamos, Esteban escribía muchas cartas. Yo escribía menos, aunque a veces me daba la loca y le escribía a Marcela, a mi vieja, a mis amigos del club. Solo quería que la espera se terminara de una buena vez. Y que se me pasara el frío.



Durante lo que quedaba de enero no tuvimos ni una noticia de Lalo, el conscripto Eduardo Gutiérrez. Mi hermana lloraba en los rincones, ni a la playa iba. Pobre, de haber sabido lo que se venía habría guardado llanto y tristeza para más adelante. No había ni un teléfono para comunicarnos. En Rawson, tan cerca de Sarmiento, a los familiares del soldado tampoco les llegaban noticias. Parecía que a él y a los demás movilizados los tenían encerrados, prácticamente incomunicados.

A mitad de febrero, por fin, llegaron noticias. Venían en un sobre grande, de papel madera, pintado de colores, ocurrencias de Lalo. La carta estaba dirigida a “Sra. Carmen Torales y familia”. El soldado había tenido el buen gusto de escribirnos a todos, sin hacer diferencias, pero apenas la

abrimos descubrimos que adentro había un sobre cerrado para Marcela y una carta suelta para nosotros, el resto de la familia. Mi hermana corrió con su carta a la pieza. No sé qué le diría su novio, pero volvió rara, a la vez contenta y triste. Se notaba que había llorado, aunque sonreía. Yo nunca la había entendido mucho, y desde que estaba de novia la entendía menos.

“Querida Carmen, Marce, Leo, don Julio”, era el encabezado de la carta, en el que había incluido a mi viejo. Faltaba nomás que hubiera puesto a Jack, el perro. No decía gran cosa. Estaba bien, los tenían entrenando todo el tiempo, practicaban con las baterías antiaéreas (se estaba volviendo un experto), marchaban en interminables idas y vueltas por el campo patagónico cargados con el equipo completo, hacían gimnasia y guardias en la nada, para nada. No mandó ninguna foto, pero nos contó que estaba flaco y veloz, que si seguía así apenas le dieran la baja se iría a probar a otro equipo de Buenos Aires, aunque estuviese grande.

Cuando le conté a mi viejo, ese fin de semana, se preocupó. Puteó al aire, como hacía siempre que se enojaba, con el ceño fruncido. Se acordaba muy bien de que apenas unos años antes los milicos casi nos habían metido en una guerra con Chile. No le gustaban los militares en el gobierno, nunca los había tolerado, y más de una vez tuvo que morderse la lengua en las discusiones familiares, cuando alguno de mis tíos los defendía. “Los milicos, en los cuarteles”,

decía, en voz baja, porque había que tener cuidado. Compraba la revista *Humor* desde el número uno, prácticamente la única publicación que se atrevía a criticar a la dictadura, y cuando el quiosquero de toda la vida le dijo que esa era una revista peligrosa, prefirió cambiar de quiosco, por las dudas, pero la siguió comprando. En suma, que desconfiaba de esa historia de los entrenamientos en el cuartel de Sarmiento, aunque nunca imaginó ni por asomo lo que los militares se traían entre manos.

De la ilusión futbolera de Lalo no dijo nada, pero sé que pensaba lo mismo que yo. Podía jugar en Germinal, o en cualquier liga de provincia, pero el tren del fútbol profesional había pasado, ya era tarde.

Febrero se terminaba sin más noticias del sur, y en marzo teníamos que volver a estudiar. Marcela empezaba quinto año. Se suponía que tenía que estar contenta, era el último año, tendría su viaje a Bariloche, su fiesta de egresados. Pero seguía triste, extrañaba al novio. Decía, eso sí, que cuando terminara quinto estudiaría para ser maestra de grado, o maestra jardinera. Pobres chicos, pensaba yo, que en pocos días empezaba séptimo y no tenía ni idea de lo que iba a estudiar de grande, ni me importaba, aunque mi papá me molestara con su vieja idea de que hiciera el secundario en un industrial, como había hecho él. No sé por qué creía que me iba a convencer. Yo no distinguía una pinza de una tenaza, para mí las herramientas eran todas inútiles, o yo era un inútil con ellas. Tampoco me gustaban

las cuentas. Me gustaba leer, sobre todo historias, era bueno para las redacciones y dibujando me defendía. En realidad, lo que me gustaba era jugar al fútbol, andar en bici con Fabi y los demás pibes del barrio, o ir a la playa a barrenar sin barrenador. Seguro estudiaría en el bachillerato, como Marcela, en el mismo colegio al que iba ella.

Un día antes de que empezáramos las clases llegó la segunda carta. Mi hermana, esta vez, se encerró a llorar como dos horas. Cuando salió de la pieza tenía la cara hinchada de tanto llanto, los ojos enrojecidos. Mi mamá se asustó, pensó que Lalo no nos decía a nosotros lo que a ella sí le contaba, que tal vez en el cuartel de Sarmiento la estaba pasando muy mal, que la colimba se estaba poniendo cada vez peor.

Marcela la abrazó fuerte, volvió a llorar. Y después le dijo que estaba embarazada.



Las noches eran tan oscuras que no nos veíamos las caras. Cuando salíamos a patrullar teníamos que ir muy atentos, y si se nos cruzaba alguien, gritar la consigna: “River”, por ejemplo, y esperar la respuesta, “Boca”. Si no había respuesta teníamos que tirar, pero nos aterraba matar a un compañero.

En una recorrida me quedé solo, no sé por qué, no me acuerdo cómo. Y de pronto tenía adelante a un tipo. Grité “¿quién vive?” y casi no esperé la respuesta, empecé a tirar. Tiraba y gritaba. Cuando me calmé, y avancé unos pasos vi que le había tirado a un palo de tender la ropa, que tenía algunas cosas colgadas. No sé cómo había ido a parar, perdido, al patio de una casita retirada del pueblo.

Los kelpers tenían orden de no prender las luces, y por eso, a pesar de mis tiros, nadie encendió la luz ni se asomó. Pero pensé que podría haber matado a alguien, un chico, una señora, un campesino.

Volví al pozo temblando. No le conté nada a Esteban, que estaba contento. Un cabo le había regalado un chocolate, y me dio la mitad.



5

La noticia del embarazo produjo una conmoción familiar, y no era para menos. Marcela tenía 17, ni siquiera había terminado la secundaria. Mi viejo pensaba que era una locura, caminaba por las paredes. “¿Qué van a hacer?”, se preguntaba medio a los gritos. “¿Cómo van a criar a un chico si todavía ni ellos están criados del todo?!”. Pero Marcela lo quería tener. Le dijo que terminaría el colegio, que sería maestra, que sería mamá y que, si Lalo quería, también sería esposa. Y si no, no sería esposa. Pero le aseguró que bachiller, madre y maestra iba a ser, que de eso no tuviera dudas. Mi mamá de a ratos se ponía contenta, de a ratos lloraba o se iba a fumar al patio, vicio que había dejado hacía años y le había vuelto con los nervios.

Y del sur, ni noticias. Marcela le había escrito a su novio, por supuesto, pero no tenía respuesta.

Yo empecé mi séptimo grado casi sin que nadie en mi familia se diera cuenta. Todos estaban en otra cosa. No sé si me escucharon cuando conté que tenía una maestra nueva, joven, simpática, que nos enseñaba Lengua y Sociales, y a la Troncoso, la más brava del colegio, y una de las más viejas, en Matemática y Naturales. Ni tampoco que, al segundo día, cuando la Troncoso me agarró hablando dos veces seguidas en su clase me mandó adelante a sentarme con Liliana Willington, una chica nueva, rubia y pecosa, recién llegada de Córdoba. Cuando conocimos al padre, un tipo grandote, que era tan rubio como ella, y para colmo apareció en la vereda de la escuela fumando en pipa, enseguida le pusimos "Inglesita". En el barrio había un corralón que se llamaba El Inglesito y tenía un dibujo de un inglés con pipa en el cartel, igualito al padre. No podíamos saber que el apodo pronto traería problemas, pero le seguimos diciendo así durante bastante tiempo.

Yo pensé que la Troncoso me iba a levantar el castigo pronto, pero no aflojó en varios días, y cuando me quise acordar me di cuenta de que no me hubiese querido cambiar por nada del mundo. Es cierto que no tenía experiencia en sentarme o ni siquiera de hablar mucho con las chicas, pero Liliana me pareció única. Por mucho que le dijéramos "Inglesita", ella era cordobesa, y entre la tonada, los dichos y los chistes que sabía, era la chica más graciosa que había visto o escuchado en mi vida.

Mis viejos y Marcela tuvieron una reunión en el colegio, con la preceptora de su curso, la jefa de preceptores y la rectora. Hubo bastante escándalo cuando se enteraron del embarazo de mi hermana, pero en esa reunión las tres mujeres disimularon su desagrado. Les aseguraron a mis viejos que Marcela tendría el apoyo del colegio para terminar el bachillerato en tiempo y forma. Medio en broma, medio en serio, la preceptora le pidió a Marcela, eso sí, que cambiara la cara. No les gustaba verla tan tristona, le dijo. Mi hermana le hizo una sonrisa de compromiso, me contó después, pero lo cierto es que no cambió ni la cara ni el humor hasta casi el final de marzo, cuando por fin llegó carta de Lalo. Se había enterado de que iba a ser papá y estaba como loco, de lo más feliz. Mandó una lista de veinte nombres de mujeres y veinte de varones, dibujos, hasta escribió una poesía que le dictó uno de los otros colimbas, uno al que le gustaba leer.

Terminaba la carta prometiendo que viajaría en cuanto le dieran unos días libres. Él estaba seguro de que sería a principios de abril.



Cuando se hizo patente que la flota inglesa venía a las islas las condiciones de vida, que no eran nada buenas, empeoraron todavía más. Ya no podíamos volver a buscar el rancho todas las noches, y había días enteros que pasábamos casi sin nada que comer. Teníamos un hambre feroz, de la mañana a la noche. Nos habían prohibido que carneáramos ovejas, porque eran de los kelpers y teníamos que respetar sus propiedades. Fue entonces cuando comimos las avutardas, tan desabridas. Y un día uno de los compañeros, un soldado chaqueño criado en el campo, trajo una oveja. Dijo que el animal había pisado una mina. No le creímos, ni nos importó. La carneó rápidamente y la comimos entre varios, medio chamuscada, un poco cruda, sin sal ni nada. Era bastante asquerosa, como las avutardas, pero estaba caliente, y nosotros teníamos mucha hambre. Todo servía.



6

El 30 de marzo cayó martes. Habíamos quedado en que a la salida de la escuela yo me tenía que tomar el colectivo para ir a la ferretería de mi viejo, almorzar con él y después ir juntos a la tienda Los Gallegos, a que me comprara zapatillas. Rumbo a la ferretería el colectivo cambió de recorrido. Me paré para preguntarle al chofer qué pasaba, porque tenía memorizado el viaje y si me lo cambiaban capaz que me perdía. No tuve que preguntar mucho. La avenida Luro, a la altura de la municipalidad, estaba cortada. La CGT, me explicó después mi papá, había convocado a una marcha por “Paz, pan y trabajo” en todo el país, la más grande que se hacía desde que vivíamos en dictadura, y se esperaba que en todas las ciudades importantes se juntara muchísima gente.

Por suerte el colectivo retomó pronto la ruta de siempre y no me perdí. Cuando entré a la ferretería mi viejo estaba con la radio prendida a todo volumen, preparando unos sándwiches.

—¿Cocinaste? —le dije, para embromarlo un poco, pero no me dio mucha pelota. Estaba muy metido en las noticias, que no terminarían nada bien, como supimos pronto. En todas las ciudades hubo represión, la policía no se ahorró palos ni gases lacrimógenos ni, lamentablemente, balas. José Benedicto Ortiz, un obrero de Mendoza que participaba de la manifestación, fue baleado en medio de la represión feroz y murió a los tres días. Justo a los tres días, el 2 de abril.

Mi viejo estaba como loco, pocas veces lo había oído decir lo que pensaba de los militares en el poder tan clarito como esa tarde. En la soledad de la ferretería, adonde no entraba un cliente ni equivocado, mi papá despotricó de lo lindo. La democracia que añoraba parecía muy lejana; los dictadores estaban desatados, dispuestos a todo. No podía saber cuánta razón tenía, hasta dónde eran capaces de hacer cualquier cosa.

Esa tarde ni él ni yo nos acordamos de las zapatillas. Ya era de noche cuando me llevó a casa en el auto. De paso quería ver cómo andaba Marcela. Mi vieja le vio la cara de preocupación y le ahorró la queja por las zapatillas que no habíamos comprado. Incluso lo invitó a cenar.

Comimos unos fideos con manteca hechos de apuro, casi sin charla, con el noticiero de fondo, que

mucho no decía. Quedamos en que el viernes repetiríamos el encuentro, y que esta vez sí me iba a comprar las zapatillas, no habría excusas. Sin embargo, lo que pasó el viernes otra vez mandó las zapatillas al olvido: el mundo se dio vuelta, y con el mundo, nuestra casa.

El viernes 2 de abril, en la primera hora de clase, la señorita María Belén, maestra de Lengua y Sociales, se paró adelante del pizarrón y nos pidió que nos calláramos con un gesto serio, el más serio que le habíamos visto hasta el momento. Carraspeó para que la voz no se le quebrara y nos confirmó lo que muchos habíamos escuchado en las filas, antes de entrar al aula. Lo que la mayoría o no entendíamos o no podíamos creer.

Argentina había recuperado las islas Malvinas. Argentina estaba al borde de una guerra. Y la guerra que recién empezaba ya tenía una primera víctima, el capitán Pedro Giachino, mendocino como el obrero Ortiz, que se murió ese mismo día.

Las tropas argentinas habían tomado las islas en la madrugada del 2 de abril. Los soldados ocupaban las islas.

Entre esos soldados, lo supimos muy pronto, estaba el nuestro. Lalo estaba en Malvinas.



*T*eníamos un cabo que se llamaba Rolán, y era más malo que la peste. El tipo debía creer que todavía estábamos en los cuarteles, que éramos simples colimbas y que nos podía rigorear, decirnos cualquier cosa, bailarnos, amenazarnos, insultarnos. Por suerte no todos eran como él. Hubo otros oficiales que pelearon cuerpo a cuerpo con nosotros; en una de las batallas, cuando los ingleses nos tiraban con todo y estábamos aislados en las trincheras, un sargento, no me acuerdo el nombre, se jugó a sacar a uno de los soldados heridos de un pozo, y le pegaron un tiro en una pierna. Rengo y todo, se trajo al compañero herido hasta donde estábamos más o menos resguardados.

Rolán se la pasaba matoneando. Una noche, cerca del final, me contaron que un soldado, harto del maltrato, le pegó una trompada y lo tiró a la mierda. Cuando el cabo se levantó y quiso manotear su pistola, lo rodearon los otros soldados y se tuvo que ir con la cola entre las patas. No sé si es verdad. Pero si fue así, me hubiera gustado mucho estar ahí, con el grupito que respaldó al compañero.



7

La primera carta de Lalo desde las islas, fechada el 8 de abril, la recibimos a la semana. No decía nada. Pero la carta valía, y mucho, porque significaba que estaba sano, que estaba vivo. Contaba cosas que parecían un poco pavas: que los días se hacían largos, que no pasaba casi nada, que comían una vez por día, que hacía mucho frío. Hablaba de la Pradera del Ganso, de Darwin: nunca habíamos oído de esos lugares, que después se hicieron bastante famosos. Mandaba muchos besos para todos, y en especial para Marcela y la pancita. La carta, por supuesto, tenía un sello de control: algunos funcionarios militares se encargaban de revisar la correspondencia, de censurarla.

Mientras tanto, Argentina era un lío, y mi familia, otro. Galtieri, el presidente de facto (que para colmo

se llamaba Leopoldo como yo, aunque nunca escuché a nadie que le dijera Leo), se había creído que la gente lo amaba. La Plaza de Mayo, donde tres días antes del inicio de la guerra la policía había reprimido a los balazos, ahora se llenaba de gente que cantaba cantitos de cancha a favor de Galtieri, o en contra de la reina de Inglaterra. Yo no entendía nada, aunque mi papá trataba de explicarme. Volvió a tener problemas familiares con esto, con alguno de mis tíos: mi viejo decía que era una locura, por más que las islas nos pertenecieran. Decía que era un manotazo de ahogado de la dictadura, que se quería quedar para siempre, ahora con apoyo popular. Decía que los platos rotos los pagaríamos todos, pero especialmente los pibes que habían mandado al frente. Los tíos que apoyaban al gobierno y la guerra lo trataban de antipatria, de derrotista, de politiquero. Y a mi viejo le dolía, más que nada porque entre los pibes que pagarían los costos estaba nuestro querido Lalo.

En la escuela, mientras tanto, pasaba de todo. Había maestras que nos pedían que fuéramos todos los días con escarapela, como si estuviéramos en la Semana de Mayo. Muchas se mostraban felices de que la Argentina recuperara lo que le pertenecía, y nos hacían cantar el himno de las Malvinas cada mañana. Y también había otras que estaban tristes, que no compartían el sentimiento a favor de la toma de las islas. Entre ellas, María Belén. Un tiempo después supimos que su novio, aviador

civil, estaba en la reserva para ir a combatir. Podían convocarlo en cualquier momento.

Había muchos chicos que se aprendieron los nombres de los aviones de combate, sus características, lo mismo que los distintos tipos de barcos de guerra y submarinos, de armas y de diferentes fuerzas militares. Palabras que nunca habíamos escuchado empezaron a ser parte de las charlas del recreo: *Sea Harrier*, *Pucará*, submarino nuclear, buzos tácticos, baterías antiaéreas (a estas yo sí las conocía, por Lalo), visores infrarrojos y teatro de operaciones, por ejemplo, entre muchas otras.

Y en los noticieros de la radio y sobre todo de la televisión casi no se hablaba de otra cosa más que de la llegada de los ingleses, que esperábamos en cualquier momento. De las tratativas con la ONU, la OEA (también nos aprendimos más o menos qué querían decir esas siglas), los Estados Unidos, la Unión Soviética, Chile o Perú. Nombres como Nicanor Costa Méndez, Alexander Haig, Margaret Thatcher, Mario Benjamín Menéndez o el propio Leopoldo Fortunato Galtieri, que antes no le sonaban a casi nadie, se repetían más que los de los futbolistas de la selección nacional, que en unos meses tendrían que defender el título de campeones mundiales en España.

A mí, en la escuela, me empezaron a decir Leopoldo, cosa que yo odiaba. Tuve que enojarme varias veces para que mis compañeros de los siete años de la primaria la cortaran con el chiste. Un día, en

un recreo, cuando un chico del otro séptimo me dijo “Galtierito”, casi me voy a las manos. El pobre pibe no entendía por qué me había enojado tanto: estaba convencido de que me iba a encantar.

Casi lo mismo pasó con Liliana. “Inglesita” se convirtió en un apodo muy incómodo. Yo propuse que no se lo dijésemos más, pero dos por tres a alguno se le escapaba. Liliana no se ofendía, más bien se lo tomaba a risa, porque era bastante menos quisquillosa que yo, sin duda. Y desde ese día en que me planté en el grado para pedir que no la molestaran más con el apodo nos hicimos todavía más amigos, cosa que, cuándo no, también trajo otras cargadas.

Por esos días, y antes de que comenzara la guerra de verdad y nos fuéramos enterando de las cosas que pasaban en las islas, y en el cielo y el mar que las rodeaban, a la señorita María Belén se le ocurrió que investigáramos sobre el reclamo histórico y la cuestión geográfica. Quería que estudiáramos todo lo que pudiéramos, para entender un poco mejor lo que estaba pasando.

Quizá porque me enfermaba que por mi nombre me relacionaran con Galtieri, porque mi viejo estaba como loco y Marcela muy triste y mi mamá asustada, me puse a investigar como nunca lo había hecho. Como un alumno de los que van a la bandera. Lo hacía, claro, por todo lo anterior. Pero más que nada lo hacía por Lalo.



Los bombardeos nocturnos eran lo peor de todo. De pronto la noche negrísima se iluminaba, como cuando un relámpago, en medio de la tormenta, anuncia el trueno. Así como las bengalas se abrían paso en la neblina, las explosiones también encendían la noche. Y caían las bombas. Nos tapábamos la cabeza en los pozos, gritábamos. Algunos, como yo, cuando estábamos en las baterías, tratábamos de responder el fuego, pero no siempre se podía. Eran noches de terror, de un terror que te vaciaba los huesos, que te dejaba quieto o te empujaba a salir corriendo, a la nada, a las bombas, a la muerte.

Otras veces el bombardeo era desde las fragatas, que se estacionaban a un kilómetro y medio de la costa, en pleno día, y empezaban con el cañoneo. Las bombas caían sin parar, nos mantenían quietos, aterrados. Tiraban con cañones de 105, las bombas hacían cráteres de un metro.

Oíamos los gritos, las puteadas, los llantos en los pozos de zorro. Los bombardeos navales, los ataques aéreos, todo era un ruido infernal. Solo queríamos que los ataques terminaran. Pero los bombardeos, nos parecía, no terminaban nunca.



8

La primera fuente de investigación fue el diccionario enciclopédico Salvat en doce tomos, que mi mamá había ido comprando uno a uno, mes a mes, en el supermercado Toledo. Muchos más libros, en mi casa, no había. Lo que decía de las islas Malvinas era bastante poco. Que era un archipiélago (que quiere decir un grupo de islas, eso también lo aprendimos en esos días) ocupado por Gran Bretaña y reclamado por la Argentina, desde hacía casi ciento cincuenta años. Que estaba en el Atlántico sur, que las dos islas más grandes e importantes eran Gran Malvina y Soledad, separadas por el estrecho de San Carlos. Que la economía era fundamentalmente ganadera (sobre todo cría de ovejas) y pesquera. Y que la capital se llamaba Puerto Stanley, nombre de la pequeña ciudad que

los argentinos cambiaron por Puerto Argentino apenas ocuparon el territorio.

De la cuestión histórica mi enciclopedia tampoco decía mucho. Las habían descubierto unos marinos ingleses en 1592 y unos años después otros ingleses las llamaron Falklands, pero después unos franceses, que venían de unas islas llamadas Saint-Malo, las llamaron Malvinas. También fueron unos franceses los que fundaron la primera población, en la isla Soledad, y la llamaron Port Louis, que es fácil de traducir como Puerto de Luis, uno de los reyes de Francia. Los ingleses, que seguían compitiendo con los franceses, fundaron Port Egmont un tiempito después, en la otra isla, la Gran Malvina. En 1766 el sector francés pasó a dominación de los españoles, y España, por ese entonces dueña y señora de nuestro territorio, obligó a los ingleses a abandonar el archipiélago.

En 1810 —esto lo sabíamos todos, por supuesto—, Argentina empezó su liberación de España, y dejó de ser un virreinato para convertirse muy pronto en un país independiente. En 1820 enviaron pobladores criollos a las islas y poco después se nombró a un primer gobernador, Luis Vernet. Pero en 1833 los ingleses ocuparon las islas por la fuerza, se llevaron prisioneros a los pobladores y nunca más oyeron los reclamos de Argentina.

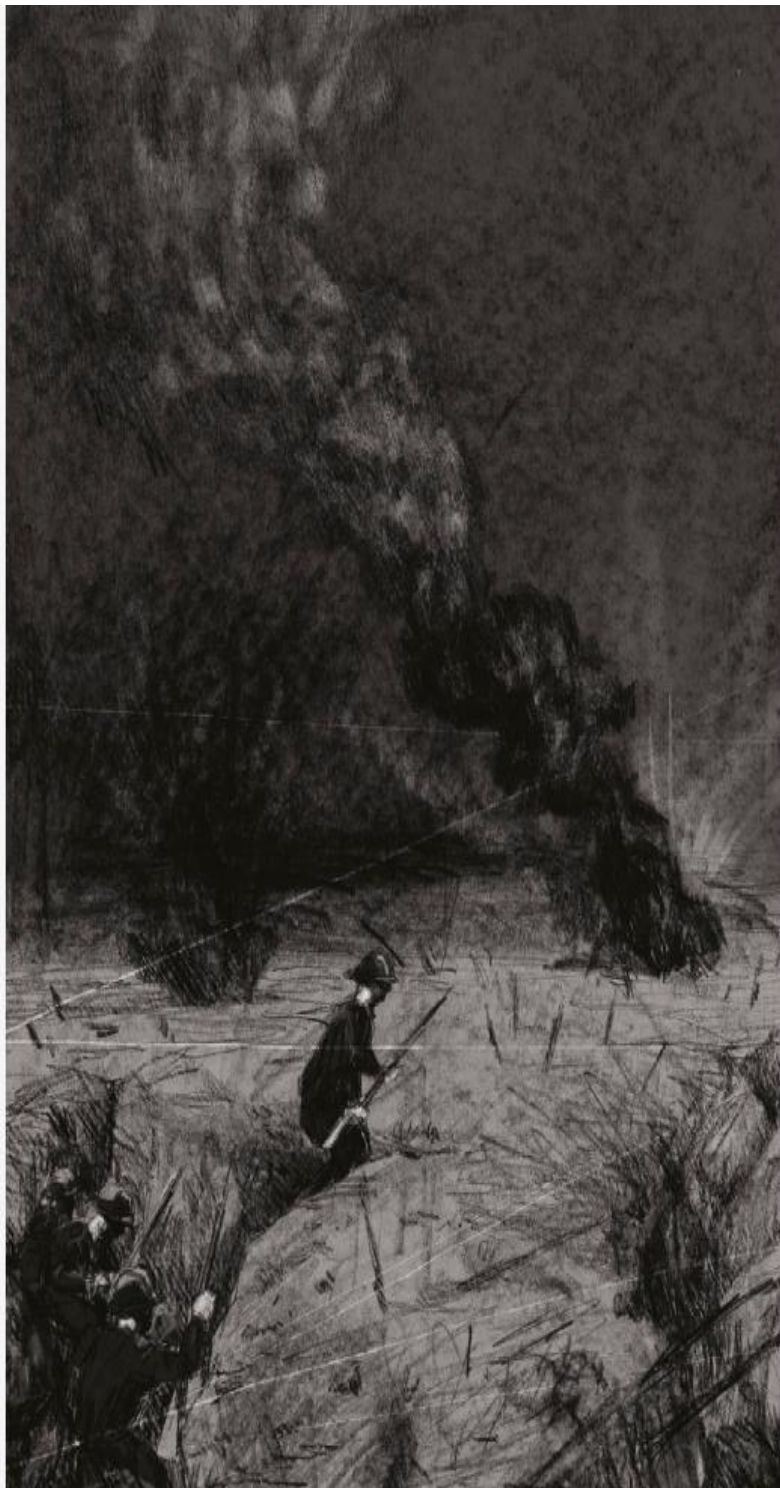
Ese era el resumen que podía hacer yo con mi diccionario de supermercado. Me parecía poco, y cuando se lo comenté a Liliana me dijo que

buscáramos en la biblioteca. Me sorprendí. En nuestra escuela no había biblioteca: apenas había un cuartito con los mapas y algunos libros viejos.

—No, Leíto —me dijo, riéndose, con su tonada graciosa—. La biblioteca de la Cooperativa, ¿vos no sos socio?

Me volví a sorprender. La Cooperativa El Monolito era un banco, mi viejo tenía cuenta ahí, y nos quedaba a pocas cuadras. Pero jamás se me había ocurrido que tuviera una biblioteca. Liliana, que estaba casi recién llegada, no solo lo sabía sino que además ya era socia.

Cuando esa misma tarde le dije a mi mamá que me tenía que sacar unas fotos carnet para hacerme socio de una biblioteca casi se desmaya. Por supuesto, me dio la plata, y al otro día, con dos fotitos flamantes (eran cuatro, mi mamá me pidió una para su mesita de luz y la tercera, que sobraba, me la pidió Liliana, no entendí por qué), fuimos a la biblioteca, con mi amiga la cordobesa que parecía inglesita. Investigáramos. Los soldados que estaban en Malvinas, pensaba yo, tan lejos, todavía sin saber si los ingleses vendrían a bombardearlos, tomando frío y pasando hambre, se merecían que, por lo menos, supiéramos algo de por qué estaban allí.



Las balas trazadoras iluminaban el campo. Algunas balas tenían fósforo en la punta, y con la fricción, se encendían. Las veíamos ir y venir, como fuegos artificiales, llenando de chispas el cielo, como con los bombardeos, pero cerca del piso, y sin explosiones. Era horrible ese ir y venir de las balas, pero no tanto como cuando se acercaban los aviones, y nos ametrallaban. Los veíamos como si estuviéramos en el cine, en la butaca de la primera fila, gigantes, aterradores, como monstruos que se nos venían encima.

Gritábamos "¡aviones!" y corríamos a los pozos. Yo no sé si bajé alguno. No creo. Pero nos instalábamos en la batería y les tirábamos. Incluso algunos soldados, enloquecidos, se asomaban a la boca de los pozos y disparaban, inútilmente, las armas cortas, las ametralladoras. El cabo a cargo, cuando veía eso, nos retaba a los gritos. Pero no lo impedía. Era mejor tirar, aunque no sirviera de nada, que quedarse hecho un ovillo, muerto de miedo, como les pasaba a otros. Nadie se burlaba de los compañeros que reaccionaban así. Cada uno hacía lo que podía.



Marcela sufría la ausencia. Todavía no se le notaba el embarazo y sin embargo empezó a sentir náuseas muy pronto. Un par de veces mi viejo tuvo que ir al colegio a retirarla antes del mediodía, para llevarla a casa, donde se encerraba en su pieza y no salía en todo el día. De Lalo no había noticias. Ya todos sabíamos, antes de fin de mes, que parte de la flota inglesa había bloqueado las islas, que las negociaciones diplomáticas estaban estancadas, que Margaret Thatcher, la primera ministra británica (la llamaban “la Dama de Hierro”, nos enteramos y por algo era), no aflojaba nada. Los ingleses siempre fueron una potencia colonial, no iban a aceptar que les quitaran un territorio sin dar pelea. Y a la hora de pelear, como repetía mi viejo todos los días aunque le trajera problemas, sin duda ellos eran mucho más poderosos que nosotros.

Justo antes de fin de mes llegó la segunda y última carta de Lalo. Era muy corta, también estaba censurada, no contaba nada importante. Era, casi, una repetición de la anterior y solo valía porque era una nueva prueba de que estaba vivo. Pero la guerra, con toda su crudeza, aún no había comenzado. Recién el 1º de mayo empezarían los bombardeos ingleses sobre las islas, e iríamos recibiendo las noticias que muchas veces nos llegaban cambiadas. Que íbamos ganando, que los aviones argentinos, volando al ras del mar, eran imparables, que nuestras fuerzas resistían con valor o avanzaban sin tregua..., decían la tele, la radio, los diarios. Tarde supimos que la mayoría de lo que decían era mentira, que nuestros soldados sufrían hambre, frío, maltratos, que las fuerzas argentinas estaban desorganizadas, que las armas eran viejas, que habíamos ido a pelearle con armamento vencido a un ejército que tenía tecnología nuclear.

Mayo fue, en mi casa, de terror. El 2 un submarino nuclear inglés, el *Conqueror*, hundió al crucero *General Belgrano*, y los diarios, las radios, la televisión se llenaron de títulos catástrofe. La mitad de las muertes de la guerra de Malvinas, aunque todavía no podíamos saberlo, se produjeron en ese hundimiento: trescientos veintitrés argentinos murieron. Fue una acción infame porque el crucero *Belgrano* no era un peligro militar, ya que estaba a más de trescientas millas de Malvinas, fuera de la zona de exclusión que los propios ingleses habían

decretado, es decir que no estaba dentro de lo que se llamaba “teatro de operaciones”. La acción podía considerarse un crimen de guerra, porque no se había hundido al barco por razones militares sino políticas, para producir un golpe de efecto, para forzar la rendición, para trabar las conversaciones de paz. Todo eso escuchamos y leímos muchas veces, además de las voces de los periodistas del canal oficial, ATC, con José Gómez Fuentes a la cabeza, que ante cualquier pequeño éxito de nuestros aviones, aseguraban que “íbamos ganando”, como si se tratara de fútbol.

Nosotros, en casa, temblábamos. Mi papá nos había convencido, y lamentablemente tenía razón, de que por más que el reclamo fuera justo la guerra era una aventura disparatada. Mi mamá y Marcela estaban muy angustiadas. Tenían miedo. No era para menos.

Yo me refugiaba, todo lo que podía, en la investigación que nos había pedido la señorita María Belén. Íbamos a la biblioteca de la Cooperativa casi todos los días, a veces en grupo, la mayoría de las veces solo Liliana y yo.

Más o menos entendimos, leyendo libros de Geografía y con la ayuda de Betty, la bibliotecaria, una señora que era maestra jubilada, qué cosa era la famosa plataforma continental y por qué esa era una de las razones por las que el reclamo de soberanía argentina sobre las islas era justo. A todos los países del mundo que tienen costa (nos explicó Betty)

se les reconoce una plataforma continental hasta las doscientas millas marinas (casi cuatrocientos kilómetros). Las islas Malvinas, por supuesto, están dentro de esta plataforma.

Además, encontramos un libro de Historia que nos encantó, que contaba la vida de María Sáez de Vernet en las islas. María, que fue la esposa del primer gobernador de las Malvinas, Luis Vernet, escribió un diario, entre 1829 y 1830, en Puerto Soledad. Allí cuenta que llegaron a las islas con sus tres hijos y que ella estaba embarazada de dos meses, a la espera del cuarto hijo. Yo pensé en mi hermana Marcela. En el diario, María habla del nacimiento de Matilde Vernet y Sáez, la primera malvinense, a la que más tarde apodaron Malvina. El diario, decía el historiador, junto a otros documentos y cartas, era considerado una “crónica de la soberanía argentina en las Malvinas”, una prueba de cómo era la vida en las islas durante esos años, cuando estaban habitadas mayoritariamente por argentinos. Pensé que cuando Lalo volviera les propondría, a él y a Marcela, que si tenían una nena le pusieran Matilde, como la nena de María Sáez. O incluso Malvina.



“Papi”, me habían puesto los compañeros, de sobrenombre, porque les conté que mi novia estaba embarazada, que iba a ser papá. Todos proponían nombres, cuando hablábamos de nada, para llenar el tiempo, para combatir el hambre y el frío. Fernández, un correntino simpático, me insistía todo el tiempo con que le pusiera Lucía, como una hermanita que se le había muerto cuando era chico. “Dale, Papi, ponle Lucía; le decís Luli, es relindo”, me repetía, cada vez que nos cruzábamos.

A mediados de mayo, en un bombardeo nocturno, Fernández salió del pozo aterrado, un cabo le gritó que se quedara adonde estaba, que no fuera boludo, que lo iba a hacer estaquear si no obedecía, para hacerlo volver. Estaba con otros cuatro, en un pozo grande, junto a una batería antiaérea. Al amanecer, cuando terminó el bombardeo, cuando se callaron las ametralladoras y dejaron de pasar los aviones vomitando fuego, los vimos. Al cabo que no había dejado que Fernández saliera y a los otros cuatro soldados les había explotado un obús en el centro del pozo. El bombazo los había amontonado, estaban apilados como bolsas.



10

A mediados de mayo le tocó a mi grupo dar la clase especial sobre las islas Malvinas. Éramos cuatro: Carlitos, Julián, Liliana y yo. Nuestra “Inglesita” no tenía ningún problema en ser la única chica del grupo, y enseguida se hizo capitana, por ponerle un nombre. Fue ella la que propuso que habláramos de María Vernet y su familia, para que nuestra presentación no fuera demasiado parecida a las de los otros grupos, todas enfocadas en la cuestión geográfica o en los derechos que nos correspondían como herederos del virreinato. Solo Lili podía convencernos de que nos disfrazáramos para dar la clase. Ella se vistió de dama antigua; a mí me tocó hacer de Vernet, y tuve que improvisar un uniforme, porque Luis Vernet, el esposo de María, fue gobernador civil pero también militar de las islas.

Carlitos, vestido de gaucho, hacía de uno de los paisanos que trabajaban para Vernet y que, cuando los ingleses ocuparon las islas, inició una rebelión que duró como un año. A Julián, con una remera a rayas y un gorrito con visera, le tocó hacer de Matthew (o Mateo) Brisbane, un marinero escocés que fue explorador de la Antártida, cazador de lobos marinos, y que en la gobernación de Vernet se convirtió en su segundo en el mando, socio y mano derecha.

“María de las Islas” se llamaba nuestra presentación, y contamos todo lo que pudimos averiguar sobre la vida allí entre 1820 y 1830, aproximadamente. Para sorpresa de muchos, incluida la seño, pudimos hablar de la convivencia con europeos (ya había, incluso, algunos ingleses y otros europeos, y en la colonia que estableció Vernet había criollos, escoceses, alemanes), del trabajo de los gauchos, de las dificultades de criar chicos en esas soledades, casi sin ningún contacto con el continente. También hablamos de los loberos que no respetaban la autoridad argentina, y de cómo Vernet los persiguió montones de veces. El enfrentamiento terminó con lo que se llamó “el incidente de la Lexington”: el 31 de diciembre de 1831 el capitán estadounidense Silas Duncan entró con su fragata al puerto de la isla Soledad, invitó a bordo a Mateo Brisbane y a otro de los hombres de Vernet (el gobernador y su familia estaban en Buenos Aires) y allí los tomó prisioneros, a traición. Luego destruyó la pequeña goleta *Águila*, que habían hecho Vernet

y sus hombres, e hizo destrozos en la población, a cañonazos. Ese acto, que fue denunciado por el gobierno argentino, ya anunciaba la usurpación inglesa de dos años después y lo que pasaría en la guerra con la actitud de Estados Unidos, que se alió a Gran Bretaña.

Terminamos nuestra clase, por supuesto, con la llegada de los ingleses y la toma de Malvinas, el 3 de enero de 1833, el día en que dos barcos de la armada británica tomaron Puerto Soledad, desalojaron a los argentinos que aún quedaban, menos a Rivero y sus hombres, que resistieron un tiempo. Antonio “el Gaucho” Rivero, según averiguamos en la biblioteca, para muchos historiadores fue un patriota que defendió la soberanía del territorio y levantó nuestra bandera, aunque no se encontraron registros o documentos que lo probaran.

A la maestra le encantó lo que contamos, vestidos para la ocasión, con láminas, con dibujos, hasta con alguna historia doméstica que se nos ocurrió recrear, como cuando María tocaba el piano para los capitanes que llegaban de visita a las islas o cuando una jefa de los selk’nam, un pueblo fueguino, vivió seis meses en Malvinas, invitada por Vernet.

Al terminar la notamos un poco rara, y nos pidió que no hiciéramos lío, porque tenía que salir unos instantes. Curiosamente no tiramos tizas, ni gritamos, ni nada de lo que hacíamos siempre. La esperamos tranquilos, nosotros todavía en el frente, vestidos como para un acto.

Cuando volvió nos dedicó una gran sonrisa, nos pidió los cuadernos y a cada uno nos puso una frase muy bonita, con un diez y un felicitado.

Al otro día supimos que el novio de la señora Belén, que era piloto de aviones comerciales, estaba en el sur, muy cerca de Malvinas. Pilotearía un avión de transporte, porque hacía falta que también los civiles colaboraran.



Un día nos pidieron que marcháramos hacia una elevación que en la chatura de las islas parecía toda una montaña, pero que en realidad era apenas un cerrito de nada, yo creo que ni cerrito era. Teníamos que ir y fortificar la posición. Hacía dos días que no comíamos, casi no teníamos munición, ¿para que íbamos a ir ahí, donde seguiríamos muertos de hambre y no podríamos parar ni al viento?

Esteban se plantó. Dijo que no, que primero nos trajeran munición, que nos dieran de comer. El teniente a cargo del grupo lo miró serio. Le dijo que era la primera y la última vez que desobedecía una orden, pero no marchamos hacia la elevación hasta varias horas después. No sé cómo el teniente consiguió que nos trajeran algo de comida fría y municiones. Esteban había tenido razón en plantarse, y los otros soldados habíamos acertado en acompañarlo.



11

Por más que en los medios dijeran que Argentina podía ganar, por más que se hicieran enormes manifestaciones populares de apoyo a los soldados, se juntara comida y ropa, se recaudara dinero, para estar de alguna manera junto a ellos, la cosa estaba muy clara: la poderosa flota británica rodeaba las islas, ya habían hundido el *Belgrano* y derribado muchos aviones. A fines de mayo una nueva invasión había comenzado y los soldados argentinos serían derrotados. Por lo menos en mi familia estábamos convencidos de que era inevitable. No lo decíamos fuera de nuestra casa para evitarnos problemas con la gente que todavía, de buena fe, creía que había posibilidades, gente que tenía esperanzas.

Marcela era una lágrima. La pancita crecía lentamente, en el colegio le iba bien (casi nunca se

llevaba materias), pero estaba triste y asustada, a la espera de las noticias de Lalo, que por supuesto no llegaban.

Cuando comenzó junio, y nos enteramos de que todas las negociaciones fracasaban y que en un giro inesperado el canciller (el ministro de Relaciones Exteriores, me explicó mi viejo, un tal Costa Méndez) buscó el apoyo de los países no alineados (es decir —otra vez mi viejo me tuvo que explicar—, los países “del tercer mundo”, los que no eran aliados de Estados Unidos y otras potencias occidentales, ni tampoco estaban con la Unión Soviética), sumamos más pesimismo al que ya veníamos cargando. “Es otro manotazo de ahogado”, dijo mi viejo, meneando la cabeza.

Por esos días los aviones argentinos lograron hundir tres naves: la fragata *Plymouth* y los transportes de tropas *Sir Galahad* y *Sir Tristan*. Y aunque los soldados, con el apoyo de la aviación, resistieron un tiempo, en los primeros días de junio el avance inglés se hizo imparable.

El 13 hubo una nueva manifestación popular, esta vez pidiendo la no rendición, que se veía venir. Ese mismo día comenzó el Mundial de España. Vimos el partido inaugural con mi papá, bastante distraídos. Por primera vez el fútbol, un mundial, nada menos, quedaba completamente en un segundo plano. Perdimos, no podía ser de otra manera. Maradona pegó un tiro libre en el travesaño, pero jugamos mal y Bélgica, presagiando lo que sería

el resto del mundial, nos ganó bastante injustamente. Los comentaristas, por supuesto, hablaron mucho de Osvaldo Ardiles, uno de los jugadores campeones del 78, que era ídolo de un equipo de la liga inglesa. “Ossie —así le decían en su equipo, el Tottenham— va a la guerra”, había titulado un diario inglés un tiempo antes. Ardiles, que jugaba de 8, como Lalo, y era cordobés, como mi amiga Liliana, había decidido dejar el equipo inglés en el que era tan querido. Recién había llegado a España con el plantel cuando se enteró de que José Leónidas Ardiles, su querido primo “Pepe”, piloto de la Fuerza Aérea Argentina, había sido convocado a la guerra. Mientras “Ossie” jugaba en ese primer partido desastroso, que perdimos con un triste 1 a 0, “Pepe”, el primo con el que Osvaldo Ardiles se había criado, caía en combate.

Todo eso pasó el 13 de junio. Y el 14 nos enteramos de la rendición.



*C*uando llegó la noticia de que nos rendíamos las reacciones fueron muy diferentes. Algunos no lo podían creer; querían seguir peleando. Otros nos sentimos aliviados. Era claro que nos habían vencido.

Caminamos hacia Darwin muertos de hambre, con las armas sobre la cabeza, detrás del soldado que llevaba un trapo alzado que no creo que fuera blanco, pero que hacía de bandera de rendición. Algunos soldados ingleses nos insultaban, y alguno nos empujó, nos tiró una patada. Nos sacaban fotos, y a mí me parecía vergonzoso. Pero la mayoría nos miraba en silencio, yo diría que con respeto. Y también con asombro. Los curtidos ingleses no podían creer que nosotros fuéramos tan jóvenes. Más tarde, en el galpón al que fuimos a parar, cuando les contamos que casi todos teníamos menos de veinte años, y que no cobrábamos, se golpeaban la cabeza. Ellos eran gente grande, soldados profesionales. Nosotros les parecíamos un grupito de chicos. Y les resultaba increíble que les hubiéramos resistido tanto, solo con viejos fusiles, a puro coraje. Creo que, un poco, estaban admirados, además de sorprendidos.



12

El 19 de junio el diario *Clarín* tituló: “Volvieron 4.172 soldados argentinos de las Malvinas”. Eran los que habían llegado en el trasatlántico *Canberra*, directamente de las islas a Puerto Madryn. Lalo estaba entre esos soldados. Nos había escrito que lo embarcaban, pero la carta nunca llegó. Nos enteramos cuando su mamá, ese mismo 19 a la noche, llamó a la casa de Fabi, porque nosotros todavía no teníamos teléfono.

Lalo había llegado a Madryn, al desembarcar los habían subido a camiones que llevaban las lonas bajas; los tenían ocultos, como si en vez de soldados que habían peleado por el país fueran delincuentes, gente que daba vergüenza. Así lo sentían ellos. Incluso algo parecido les dijeron algunos de sus propios oficiales: que la gente los iba



a cascotear, porque habían perdido. Pero la verdad era muy diferente. La gente de la ciudad se enteró de la llegada y paraban los camiones en las calles, los saludaban, los aplaudían, les preguntaban qué podían hacer por ellos. Fue el famoso día en el que en Madryn se acabó el pan: la gente, como no podía hacer otra cosa, les llevaba comida a los camiones.

No sé cómo Lalo no intentó escaparse, pero para él debió ser doblemente doloroso: de Madryn los llevaron a Trelew, para subirlos a aviones que los trajeron a Campo de Mayo. ¡Lalo había estado a veinte kilómetros de su casa, a media hora de viaje, y lo trajeron de vuelta a Buenos Aires!

Lo importante era que nuestro soldado estaba vivo, en viaje a Buenos Aires. Y allí, seguramente le darían la baja. No sabíamos cómo estaba de salud. Más tarde nos enteramos de que había perdido como veinte kilos, pero estaba bien.

Dos días después la mamá de Fabi volvió a avisar que teníamos una llamada. La señora estaba emocionada. Lamentablemente Marcela y yo estábamos en el colegio, así que Lalo solo pudo hablar con mi mamá. Ella nos dijo que lo había escuchado bien. Y que había prometido volver a llamarnos a la noche.

Esa noche Marcela no comió, nunca la había visto tan nerviosa. No sé si tuvo contracciones o algo así, pero pasaba de la palidez a ponerse toda colorada con una velocidad increíble. Cuando llegó la hora de irnos a dormir no quiso acostarse. Lalo no había llamado. La mamá de Fabi cruzó la calle y

para que mi hermana se quedara un poco más tranquila la invitó a pasar la noche en su casa. Le armaron un colchón en el comedor, al lado del teléfono, y ahí se quedó, sin dormir, esperando.

Recién al otro día, cerca del mediodía, sonó el teléfono. A Lalo no le habían dado permiso para llamar antes. Fue una llamada cortita, intensa. Dolorosa. Marcela nos contó que Lalo estaba bien, que intentó hacerle chistes, que preguntó veinte veces por la pancita y que se despidieron llorando.

—Quiero ir a Buenos Aires —nos dijo Marcela cuando volvió a casa.

Y al otro día mi papá anunció que viajaríamos los cuatro, el fin de semana. Mi viejo cerraría la ferretería el jueves y el viernes nos iríamos a Ituzaingó, donde él tenía un matrimonio amigo. Mi mamá también vendría.

Lalo llamó casi todas las tardes que quedaban hasta que llegó el viernes. El sábado nos esperaba en el cuartel.



*T*iramos las armas en un montículo enorme, como si fuera un basural para fusiles, pistolas, ametralladoras. Uno de mis compañeros decía que no, que si entregábamos las armas nos iban a fusilar a todos, que desarmados éramos presa fácil. El teniente lo calmó, le dijo que éramos prisioneros de guerra, que a los enfermos nos iban a curar, que íbamos a comer caliente. Igual, este soldado, antes de tirar su fusil al montón, lo rompió golpeándolo contra el piso como loco, y recién entonces lo dejó en la pila. Los soldados ingleses no dijeron nada. Entendían.

Daba pena ver esa montaña de armas inútiles; daba pena ver las caras de todos, flacas, demacradas, tan tristes. Nos sentíamos humillados.

Uno de los oficiales ingleses nos dijo que nos sintiéramos orgullosos, que habíamos peleado con valor. En inglés, lo dijo, pero uno de los compañeros entendía algo, y tradujo.



13

El viernes 18 salimos bien temprano de casa. Mi viejo había dormido en el comedor, para no tener que venirnos a buscar. Fue muy raro verla a mi vieja ceparle mate en la cocina, esa mañana.

Antes de salir a la ruta mi mamá compró el diario y lo fue leyendo en voz alta. La noticia más importante, claro, era que el día anterior, como consecuencia de la rendición, había renunciado Galtieri. Había un presidente interino, un tal Saint-Jean que, según decía mi viejo —y no se equivocaba—, no iba a durar nada. Los militares en el poder se pasaban facturas por la derrota en Malvinas, la papa caliente iba del ejército a la armada, de la armada a la aviación y de vuelta al ejército: nadie quería hacerse cargo de la derrota, de la aventura que, ahora el país lo comprendía, había sido un disparate. Lo

único bueno de todo ese lío era que, si se hacían las cosas bien, si los líderes políticos y los gremialistas aprovechaban el momento, pronto forzarían el regreso a la democracia. Mi papá, que nunca era muy optimista, aseguró que recién en dos o tres años habría elecciones. Se equivocó en eso, por suerte: antes de un año y medio tendríamos otra vez a un presidente elegido en las urnas.

Llegamos a Ituzaingó como a las tres de la tarde, porque mi papá no iba a Buenos Aires desde hacía años y nos perdimos un par de veces. La familia que nos recibió era muy macanuda, enseguida se dedicaron a atender a Marcela como si estuviera a punto de parir, y a mi vieja, a la que no conocían, la hicieron sentir en su casa. Por supuesto, nos preguntaron por Lalo y las Malvinas, pero no podíamos decirles nada: no nos había llegado ninguna carta, y en las llamadas telefónicas con Marcela de la guerra no hablaban nada. Ya nos enteraríamos, esperábamos, al día siguiente.

Esa misma tarde, vimos el segundo partido de Argentina en España. Le hicimos cuatro goles a Hungría: Maradona hizo su primer gol en un mundial, de cabeza. Y el cuarto lo hizo nada menos que Osvaldo Ardiles, el jugador que era ídolo en Inglaterra, el que había perdido a su primo hermano en las islas.

A la noche el amigo de mi papá hizo un asado, y a pesar de que Marcela estaba muy nerviosa, muy ansiosa, la pasamos bien. Mis viejos parecían un

matrimonio, pero yo no me hacía ilusiones. Ya alguna vez habían amagado con una reconciliación pero la cosa nunca había pasado de ahí. Cuando parecía que todo estaba bien, volvían las viejas peleas.

Antes de dormir se me ocurrió escribirle una carta a Lili. Le conté que el viaje había sido largo, que Buenos Aires era gigante, que habíamos agarrado por Rivadavia, “la avenida más larga del mundo”, y ahí, pasando un lugar que se llamaba Haedo, nos habíamos perdido. Que todos habíamos gritado los goles de Argentina menos Marcela, que estaba muy distraída. Y que teníamos muchas ganas de ver a Lalo.

Mientras escribía, Marcela me preguntó para quién era la carta. Me puse colorado, pero ella, en vez de cargarme, me sacudió los rulos y me dijo que escribiera algo lindo. No se me ocurrió qué poner, así que me despedí con un abrazo. No mandé la carta. Si me animaba, se la daría en la escuela, a la vuelta.

El sábado a las diez de la mañana estuvimos en la puerta del cuartel de Campo de Mayo. Había un montón de gente, madres, padres, hermanos, novias, amigos, como nosotros. Mucha gente lloraba. Gritaban hacia adentro, a los patios enormes, apenas veían pasar a un soldado. Esperaban que salieran, o por lo menos que se acercaran. Los colimbas de la guardia nos pedían que nos calmáramos. Recién después del mediodía era la hora de visita, y los jefes ya habían avisado que no habría



excepciones, por más que la gente presionara para que nos dejaran pasar antes. Algunos soldados lograron acercarse a unos cuantos metros y desde allí saludaron, hubo gritos de felicidad, más llantos, más saludos.

Lalo no aparecía. Marcela no podía más. Algunas madres miraban a esa chica tan joven con panza que era mi hermana y le sonreían, o le preguntaban de cuánto estaba, le daban algún consejo. Una señora muy arrugada, seguro una abuela, le trajo una flor. Mi hermana se largó a llorar y la señora la abrazó un rato largo.

A las dos y diez lo vimos salir. Casi no lo reconocimos. Aunque después nos contó que desde que lo habían embarcado hasta ese día había recuperado varios kilos, estaba flaquísimo. Tenía unas ojeras profundas, como si no hubiera dormido desde hacía mucho tiempo. De la sonrisa luminosa no quedaba ni rastro.

A las cuatro de la tarde se terminó la visita. Marcela no lo quería soltar, pero Lalo le dijo que se verían al otro día, que se quedara tranquila. Nos abrazó a mi vieja, a mi papá y a mí, y a Marcela le dio un beso en la panza y varios besos más. Después se fue, medio rengueando. No había perdido ningún dedo, pero había tenido “pie de trinchera”: los dedos se le habían hinchado mucho, por el frío y la mugre.

Durante cuatro días seguidos fuimos al cuartel, y más o menos todos los encuentros fueron

iguales, menos el último, en que mis viejos decidieron dejarla sola a Marcela apenas apareció Lalo, y nos fuimos a dar vueltas en el auto. Volveríamos a buscarla a las dos horas, por supuesto.

Cuando volvimos, Marcela tenía los ojos rojos, como todos los días, pero sonreía. A Lalo le habían prometido la baja para muy pronto. Volaría directo al sur, a encontrarse con su familia.

Mi viejo le dijo que nosotros también iríamos. El viaje familiar se repetiría pronto, pero esta vez desde Mar del Plata a Rawson, mucho más largo.

Del futuro de ellos dos, del hijo o la hija que venía en camino, todavía no se hablaba. Ya habría tiempo.



A mí me tocó embarcar en el Canberra. Me atendieron en la enfermería, me curaron los dedos del pie izquierdo, los tenía negros. Me afeité, me vi a un espejo por primera vez en dos meses y me dio impresión. Estaba tan chupado que no me reconocía. Esteban me vio haciendo morisquetas en el espejito y me cargó.

—Dale, che, qué te creés que sos, ¿galán de telenovela?

No sé si me reí. No creo. La verdad que a veces se hacían chistes, se contaban anécdotas, se recordaban cosas graciosas, incluso de los pozos de zorro, pero a mí no me salía sonreír. Estaba como medio dormido, como atontado.

Cuando el barco zarpó se empezó a decir que nos llevaban a Inglaterra, porque tardábamos mucho. Un oficial inglés nos calmó. Nos explicó que daban vueltas porque el gobierno argentino aún no autorizaba el desembarco del transatlántico inglés en territorio argentino.

Después nos informaron que el destino era Puerto Madryn. Bajaríamos a media horita de mi casa, yo ya me veía abrazándome con mi vieja, con mis hermanas, con mi papá.



Aprovechamos las vacaciones de invierno para hacer el viaje al sur. Marcela ya estaba entrando al sexto mes de embarazo. No iría al viaje de egresados: la pancita era bastante incómoda para ir a bailar, para hacer culipatín en la nieve o andar a caballo. Pero no le importaba. Ella quería ver a Lalo.

El soldado estaba en su casa de Rawson desde hacía unos cuantos días. Según nos decía Marcela estaba bien, pero en las llamadas telefónicas lo notaba nervioso. En la familia, en el barrio y en el club Germinal lo habían recibido como a un héroe, aunque Lalo no se terminaba de adaptar. Pronto lo veríamos con nuestros propios ojos.

El viaje fue mucho más largo que el que habíamos hecho a Buenos Aires, porque entre Mar del Plata y Rawson hay tres veces ese recorrido, casi

1.200 kilómetros. Lo hicimos en dos días. Paramos en Río Colorado, a mitad de camino, un pueblito de nada que tenía un hotel para viajeros, pegado a la ruta. Con mi viejo salimos a caminar por la zona esa tarde, a pesar del frío y del viento, antes de la cena. Mi viejo quería estirar las piernas. Y charlar. Yo lo notaba preocupado. No sabíamos cómo estaba Lalo, no sabíamos qué querían hacer él y Marcela. Su preocupación más grande era que mi hermana quisiera quedarse en Rawson con su novio, que no terminara la secundaria, que decidiera tener a su hijo en el sur, tan lejos de nosotros. Yo lo tranquilicé como pude. No estaba seguro, pero me parecía que Marcela iba a seguir con su plan inicial: terminar el colegio, estudiar para maestra, ser madre. Y para eso, se me ocurría, lo ideal era que volviera a Mar del Plata. En lo posible con Lalo.

Esa noche comimos en el hotel de la ruta y fue una linda cena. Marcela estaba tranquila, mi mamá parecía contenta, mi papá algo se había calmado. Y a mí me encantaba esa oportunidad de estar con mis viejos y mi hermana, mirando por un ventanal que daba a un paisaje de montaña, en un restorán, comiendo, por supuesto, milanesas con papas fritas.

Llegamos a Rawson al otro día, a la tarde. Era una ciudad chica, gris, polvorienta. Lalo y mi tía Julia vivían en un barrio municipal, de casitas todas iguales, en una calle de pedregullo. Fuimos directo a la casa de Lalo, pero apenas mi viejo tocó la bocina, mi tía Julia, mi tío Darío y mis primos salieron

corriendo de su casa y se vinieron a lo de los Gutiérrez. Fue un lío de besos, abrazos, gritos. Mi mamá no veía a su hermana desde hacía casi diez años. Yo había estado ahí cuando era un bebé, y no me acordaba de nada, claro. Todo era nuevo para mí: los primos que ahora conocía, la tía que me abrazaba, el tío que tenía puesta una camisa de trabajo manchada de grasa (después me enteré de que era mecánico), y por supuesto Lalo y su familia, que se apoderaron de Marcela de inmediato.

La mamá de Lalo había hecho unas tortas fritas que eran la locura. Y yo hablaba y comía, comía y hablaba, con mis primos un poco más grandes, que estaban encantados conmigo, como yo con ellos. Después de un rato, Lalo y Marcela nos pidieron disculpas a todos y se fueron, caminando de la mano, por la calle de tierra. Los demás nos quedamos viéndolos, desde la puerta de la casa de los Gutiérrez.

Al parecer todo estaba bien. Pero en un momento capté una mirada entre mi mamá y mi papá, sería. Los dos estaban preocupados, no lo podían disimular.



*B*ajamos del Canberra y fuimos hacia una larga fila de camiones del ejército. Pocos en la ciudad se habían enterado de nuestra llegada, no había más que militares esperándonos. Nos llevaban en secreto, pero el secreto les duró poco. La gente de Mardryn nos recibió en las calles; se cruzaban delante de los camiones, que no podían avanzar.

Nos aplaudían, nos tiraban besos.

Algunas señoras lloraban. Una nena chiquita, que tenía un ramo de flores en la mano, me hizo una sonrisa tan linda que creo que sonreí de verdad por primera vez en dos meses.

A un señor de bigotes, con cara de bueno, le alcancé el teléfono de casa, en un papelito. No podía darle el de los vecinos de Marcela, en Mar del Plata, porque no me lo acordaba.

Una mujer grande me dio un sándwich de milanesa, todavía estaba tibio. Cuando abrí el paquete y lo vi, caserito, con una hoja de lechuga fresca y rodajas de tomate y la señora me dijo “comé, hijo, está rico”, empecé a llorar con hipo, creo que mojé

todo el pan. Pobre señora, me miraba con pena y también a ella se le aguaron los ojos.

Cuando me calmé, me comí el sándwich, para que la señora se sintiera mejor. No sé si alguna vez comí algo tan rico como esa milanesa.



Lalo y Marcela volvieron como a las dos horas. Tenían muchísimo que hablar, por supuesto, y seguirían hablando mucho en esos diez días que pasaríamos en Rawson.

Marcela se instaló en la casa de Lalo y mi mamá, mi papá y yo en la de mi tía Julia, que nos dejó la pieza matrimonial, aunque mi mamá insistió en que nos podíamos arreglar en el comedor. Pero no hubo manera de convencer a mi tía y a la noche fue medio incómodo que mi vieja se acostara en la cama de una plaza que se suponía era para mí y yo tuviera que dormir con mi viejo, que roncaba como un energúmeno.

En un momento, mi mamá me chistó en la oscuridad.

—Leo, Leo, ¿estás dormido? —me preguntó.

—No, ¡papá no me deja! —me quejé.

Ella se rio bajito.

—Moveló despacio, cuando ronque. Que no se despierte, pero que se acomode. Vas a ver que mejora.

Se ve que tenía experiencia, porque funcionó. Cuando lo empujé, mi viejo protestó dormido, se dio media vuelta y dejó de roncar. Si después volvieron los ronquidos no lo supe, porque también me dormí y cuando me duermo no me entero de nada.

Al otro día, después del almuerzo, salimos a pasear con los primos, en el auto de mi papá. Conocimos Playa Unión, que está ahí nomás de Rawson, hicimos sapito con las piedras de la playa en el agua gris, casi sin olas. Después fuimos al puerto, mucho más chico que el de Mar del Plata, pero con los mismos barquitos pesqueros amarillos.

A la tarde mi mamá y mi tía Julia pasaron otra vez por la casa de la familia Gutiérrez. Marcela y Lalo habían ido a pasear, y cuando volvieron mi vieja la invitó a salir un rato y aprovechó para preguntarle cómo lo veía a su novio, qué pensaba hacer. Marcela le contó que Lalo estaba muy tenso, que los ruidos lo sobresaltaban, que cuando caminaron por el pueblo hubo un bocinazo inesperado y Lalo pegó un salto y le apretó muy fuerte la mano. Y que a la noche se había despertado dos veces. Tenía pesadillas prácticamente todas las noches. La mamá le había contado que hablaba dormido, que por ahí gritaba “¡los aviones!, ¡los aviones!”, o pedía ayuda. Había empezado a ir a una psicóloga, pero por el

momento solo había tenido un par de encuentros. La psicóloga le había pedido que escribiera un diario, que contara ahí lo que quisiera. Lalo había empezado a escribir sus recuerdos desde el embarque hacia las islas y eso, al parecer, le hacía bien. De lo que iban a hacer, los dos, en el futuro inmediato, Marcela todavía no podía contarle nada.

Lalo escribía en su cuadernito, pero no hablaba de la guerra más que con la psicóloga. A Marcela solo le dijo que si nacía una nena quería que le pusieran Lucía. En cambio, si nacía un varón, Marcela podía elegir cómo llamarlo. Él había pensado en los nombres de algunos de los compañeros que habían quedado en las islas, pero después se dijo que mejor no, que no quería mirar a su hijo y recordar a los muertos. Lucía era diferente, porque era una promesa que tenía que cumplir.

Los días que siguieron se fueron muy rápido, tanto para nosotros como para Marcela y Lalo. Conocimos Trelew, Puerto Madryn y un par de playitas cercanas a Playa Unión. Me hice muy amigo de mis primos grandes, Víctor y Roberto, y de mi prima Elsa. A mi tía Julia le dije que la declaraba tía favorita. Ella se rio mucho.

De cada pueblo que conocimos me traje una piedra: era un pedido que me había hecho Liliana. Buscaba siempre una que fuera muy linda. Y en Madryn le compré una postal, le escribí dos o tres líneas y la guardé con la carta que le había escrito en Buenos Aires, que todavía no me había animado a darle.

Un día antes del regreso, Lalo y Marcela les pidieron a mis papás que fueran a un café del centro de Rawson, para hablar del futuro. Yo creí que no estaba invitado. Sin embargo, fue Marcela, que siempre me peleaba, la que insistió para que también yo estuviera. Se lo agradecí con un abrazo.

Marcela volvería con nosotros, sola. Lalo prometía estar para cuando naciera el hijo o la hija que esperaban. Quería recuperarse, quería volver a ser el que había sido. Y para eso lo mejor era que estuviera en su casa, que viera a la psicóloga, que pasara un poco de tiempo. Planeaban vivir juntos el verano marplatense. Lalo estaba seguro de que conseguiría trabajo. Luego verían.

A mis papás les pareció bien. Mi viejo prometió ponerse en campaña para conseguirle un buen trabajo de temporada, con alguno de los proveedores de la ferretería, o con un amigo.

Nos volvimos en una mañana fría, ventosa, muy patagónica. Marcela y Lalo se dieron un abrazo interminable. La familia de Lalo y la de mi tía Julia estaban completas en la vereda, despidiéndonos. Cuando el auto arrancó y las dos familias se fueron haciendo chiquitas a la distancia sentí que me ardían los ojos, y me di vuelta, para disimular. Recién entonces me di cuenta de que mi mamá, Marcela y hasta mi viejo iban llorando.



A los pocos días de haber llegado desde Mardryn nos llevaron a Trelew, más cerca todavía de mi casa. Insulté por lo bajo, estaba tan cerca y a la vez tan lejos...

Subí al avión que me llevaba rumbo a Buenos Aires y cuando despegamos se me dio por mirar por la ventanilla y pensar en mi familia, ahí nomás, muy cerquita. Me parecía que desde el aire vería la calle de mi casa, en Rawson, y me daban ganas de tirarme de cabeza.

Después de un par de horas de vuelo bajamos en Buenos Aires y de vuelta nos subieron en camiones. Esta vez nos llevaron a Campo de Mayo, en plena noche. Nadie se había enterado, no hubo en este traslado gente que nos saludara, nos tirara flores o nos diera un sándwich de milanesa.

Llegamos al cuartel muy tarde, era noche cerradísima y para colmo había neblina. Me hizo acordar a las islas, y me dio un chucho de frío. Nadie salió a recibirnos, no hubo palabras oficiales, no hubo bienvenida. Nos traían en secreto, a engordarnos un poco, a terminar de curarnos, para después darnos la baja.

De pronto escuchamos música. Los integrantes de la banda del regimiento, por su cuenta, se habían juntado en un patio y tocaban para nosotros la marcha "Avenida de las Camelias". Yo la había escuchado alguna vez, pero no sabía ni el nombre. Esa noche sonó para nosotros.

Ya en Rawson, una vez que mi mamá fue al centro, le pedí que me comprara un cassette de marchas militares. Y a veces, cuando me da la loca, pongo esa marcha, la escucho, la rebobino, la vuelvo a escuchar. Me hace bien.



Los meses desde nuestro regreso de Rawson a Mar del Plata fueron pasando rápido, como siempre sucede. Puede parecer mentira que la vida, aun después de una guerra como la que sufrió Lalo en carne propia, siguiera su curso de manera normal, pero esa es la más pura verdad. La vida sigue. Siempre sigue.

Lalo y Marcela hablaban por teléfono todos los días. La pancita ya había dejado de ser pancita para pasar a ser panza y en cualquier momento se convertiría en panzota. La fecha del parto era en los primeros días de octubre; Lalo le había prometido llegar con tiempo, por lo menos una semana antes.

En septiembre, además del Día del Maestro y el del Estudiante (o el de la Primavera, claro), se festejaban otras dos cosas. Mi cumpleaños, el 8, que

caía miércoles. Y la fiesta de egresados de Marcela, en un salón de la costa, con vals, vestido largo y toda la bambolla, el sábado 25.

Para festejar mi cumpleaños mi mamá me dio permiso de hacer en casa una juntada tipo “asalto”: ella se iba a encargar de amasar unas pizzas y mi viejo me daría plata para las gaseosas, pero de todas maneras la idea era que los chicos del grado trajeran algo para tomar, y las chicas alguna comida dulce. La fiesta sería el sábado 11, a las ocho de la noche. Mi amigo Julián tenía un equipo de música bastante bueno, que el papá le permitía traer, y trataríamos de conseguir algunas lamparitas de colores, para ambientar.

El miércoles de mi cumpleaños, en el desayuno, mi mamá y Marcela me regalaron una remera, que quise llevar esa misma mañana a la escuela, pero que al final recién estrené en la fiesta del sábado. En la escuela repartí caramelos Media Hora (me di cuenta de que no le gustaban a casi nadie; peor para ellos) y me dieron la manteada y los tirones de oreja de siempre. Liliana, que al parecer seguía muy contenta con las piedras que yo le había traído del sur, fue la única que me hizo un regalo: una camiseta de fútbol, cordobesa. No podía haber elegido algo mejor para mí; pensé en agradecérsela con un abrazo y un beso, y al final solo me salió un “gracias” medio desabrido y una sonrisa tímida.

Mi viejo me vino a buscar a casa a la tarde, cuando cerró la ferretería. La idea era aprovechar que

era miércoles para ir al cine, ya que las entradas estaban a mitad de precio, pero en cartelera no encontramos nada que nos gustara y terminamos jugando en los jueguitos del Saco, antes de irnos a comer pizza a La Marcianita. Para mí, un gran festejo cumpleañosero.

El sábado, en la fiesta, estuvo todo el grado, más mi amigo Fabi. Marcela, con panza y todo, ayudó un montón a mi vieja, y después de apagar las velitas las dos nos dejaron solos, para que bailáramos. Bailamos un rato movido, hasta que Julián apagó las luces blancas, dejó solo las tres lamparitas de colores que habíamos conseguido y puso unos lentos. Nadie sacaba a bailar, nadie se animaba. Yo estaba seguro de que mi vieja y Marcela estaban espiando desde la cocina, y por eso menos me animaba, pero al final crucé el comedor y la invité a bailar a Lili. Sonaba “Michelle”, un tema de los Beatles. Bailábamos bastante alejados, los brazos estirados, las manos de ella en mis hombros y las mías en su cintura. No sé si porque estábamos así de cerca, o porque ella se había puesto perfume para la fiesta, le descubrí un aroma en el pelo que para mí era nuevo. Y me pareció lo más rico que había oído en mi vida.

Un rato después Carlitos propuso que jugáramos a “verdad-consecuencia”, y aunque algunas chicas hicieron cara de que no les gustaba, todos aceptamos. Carlitos hizo las preguntas de la primera ronda: las chicas casi siempre elegían “verdad”, los varones casi siempre “consecuencia”. Cuando

le tocó el turno a Lili, Carlitos, que no por nada era mi amigo, le preguntó si era verdad que gustaba de mí. Lili dijo que sí. No sé si me estaba mirando al contestar, pero yo hice fuerza para no ponerme colorado. Cuando me preguntó a mí, elegí “consecuencia”. Mi querido amigo Carlitos, más querido que nunca, me mandó a besarla. Caminamos hasta el pasillo, lejos de la mirada de los demás, y nos dimos un beso. No sé cuánto duró, capaz que fueron dos segundos. Pero fue tan hermoso que cuando volvimos al comedor yo iba como flotando.

A eso de las doce de la noche empezaron a llegar los padres que se llevaban a sus hijas. Los varones nos quedamos un rato más, pero al final a todos los fueron a buscar, menos a Julián, que se quedó a dormir, en la cama que antes usaba Lalo. Hablamos de todo, pero no me animé a decirle lo que al soldado seguro le hubiera dicho: que me sentía enamorado.

Antes de quedarme dormido me pareció que Marcela llamaba a mi mamá, a su pieza. No le di la importancia que después me enteré que habría merecido, porque tenía la cabeza en otra cosa. Llena de Lili.



Una de las cosas que recuerdo con más alegría fue cuando la volví a ver a Marcela, panzona, detrás de las rejas de Campo de Mayo. Estaba lleno de gente, estaban su hermanito y los viejos, pero yo solo la veía a ella. Hubiera querido hablarle por horas, pero no me salía nada. La miraba, le daba un beso, le acariciaba la panza, la escuchaba contarme que en el colegio le estaba yendo bien, que iba a ser maestra, y apenas le podía sonreír, pero poquito. Y le daba otro beso, o le pedía que me dejara apoyar la palma de la mano en la pancita, a ver si sentía al bebé.

Me daba cuenta de que ella estaba impresionada por lo flaco que yo estaba, por mis ojeras, por mi renguera. Pero disimulaba; como podía, disimulaba. Para mis adentros le agradecí que no dijera nada.

Cuando se fue, y volví a las barracas, empecé a las puteadas. Quería que me dejaran libre de una buena vez, ¿acaso no había dado suficiente? Por suerte Esteban me calmó. Si me castigaban, al otro día, cuando Marcela volviera a visitarme, no me dejarían verla. Éramos veteranos de una guerra, pero todavía nos trataban como a colimbas. O peor.



17

El domingo me despertaron las corridas de mi mamá. Julián dormía como un tronco. Yo pensaba que ese domingo, después del cumple, de mi primer lento y mi primer beso, que no olvidaba, tenía que seguir siendo una fiesta. Pero no. Marcela estaba descompuesta desde la noche anterior.

Tuve que despertar a Julián y encargarme del desayuno. Después mamá me pidió que cruzara a lo de Fabi y llamara a los padres de Julián, para que lo vinieran a buscar. No entendí por qué, quiso protestar, pero mi vieja no me oyó. Ella ya le había avisado a mi papá, que venía en camino. No sabíamos si íbamos a llevar a Marcela al hospital, en poco rato.

Mi viejo tardaba, y mi mamá caminaba por las paredes, mientras se quejaba por la demora.

Cuando pregunté qué era lo que tenía mi hermana escuché por primera vez la palabra “pérdida”. No sabía qué era, pero después me enteré de que, si las pérdidas continuaban, el bebé podía correr peligro.

Por fin llegó mi papá, pero no venía solo. Había tardado porque había ido a buscar al obstetra de Marcela. No sé si el médico vino a casa un domingo a la mañana porque mi viejo podía ser muy insistente (no creo que lo estuviera amenazando con un chumbo en el bolsillo, como en las películas de pistoleros) o más bien porque Marcela era una embarazada muy joven, que para colmo esperaba al hijo de un excombatiente de Malvinas, y eso lo conmovía. Lo importante es que ahí estaba, un domingo temprano, con maletín, estetoscopio y todo el equipo.

Se metió en la habitación de Marcela, con mi mamá. Mi papá y yo nos quedamos en la cocina, sin saber qué hacer.

Un rato después salieron los dos. El médico tenía cara de tranquilidad y mi mamá sonreía. Nosotros recuperamos la respiración normal y los colores.

No era grave, no había riesgo de que Marcela perdiera el bebé, pero tenía que tomar unas pastillas y hacer reposo absoluto por unos días. Estaba tranquila y de buen humor. Lo único que se le había ocurrido preguntar era si podría ir a su fiesta de egresados, en dos semanas. El doctor le dijo que casi seguro que sí, pero solo si se portaba bien, si se cuidaba mucho.

A la tarde, cuando Fabi vino a avisarnos que llamaba Lalo, como todos los días, mi vieja, que estaba ocupada, me mandó a mí. Tenía que explicarle que Marcela estaba en cama, pero que estaba bien, que no era nada, que solo había sido una pequeña pérdida. Yo protesté, pero no hubo caso. Mientras cruzaba la calle rumbo al teléfono rogaba que Lalo no gritara, ni llorara, ni exigiera que mi mamá cruzara inmediatamente. No pasó nada de eso. Se ve que se lo expliqué más o menos bien, porque entendió todo y me dijo que volvería a llamar a la mañana siguiente, que por favor le avisara a mi vieja. Mandó un montón de besos para mi hermana y la pancita, y hasta se acordó de saludarme por mi cumpleaños, con retraso. Yo me puse contento. No podía verlo, pero me imaginé que su sonrisa era más parecida a la que le conocimos cuando llegó a casa.

Durante toda la semana Marcela no se movió de la cama. Y al domingo siguiente se sentía tan bien que quiso comer con nosotros en el comedor, porque mi papá estaba invitado. Mi vieja fue inflexible: la mandó de vuelta a acostarse. El lunes, le recordó, verían al obstetra: si él le daba permiso, la dejaría salir del reposo. Si no, no.

Por suerte, el lunes el médico la dejó empezar a moverse, siempre despacio. Y le dijo que, si seguía todo bien, el sábado podría ir a su fiesta.

El martes 21, Día de la Primavera y del Estudiante, Marcela se perdió el paseo con sus compañeros de quinto, que casi siempre iban al Parque

Primavese, o a la playa. A la hora de la siesta estaba tan aburrida que había aceptado jugar al truco conmigo. Estábamos en las primeras manos cuando sonó el timbre. En la puerta, para sorpresa de mi vieja, que casi se desmaya, apareció el curso de mi hermana completo: como veinte pibes y pibas de quinto año. Habían venido a terminar el Día del Estudiante en la pieza de Marcela, con comida, bebida y dos guitarras incluidas. Yo creo que ese día, en mi casa, se celebró el pícnic de la primavera más original de la historia.



Cuando me dieron la baja tampoco hubo discursos, ni medalla, ni siquiera un “muchas gracias”. Salimos, con el bolsito al hombro, y se acabó la historia. Éramos cinco, entre ellos mi amigo Esteban. Nos tomamos una coca grande en un quiosco, cerca del cuartel. La quiosquera nos preguntó de dónde veníamos y después no nos quiso cobrar la coca y nos regaló un paquete de galletitas a cada uno.

Nos abrazamos fuerte, un rato largo, todos. Beto, uno de los que más quisimos en las islas, uno de los graciosos, de los optimistas, uno que no sé si volveré a ver, hizo el chiste de siempre: “Vení, vení que te hago el abrazo del oso”, nos decía, cuando nos despedíamos, y se reía. A Beto lo había alcanzado una ráfaga de metralla en uno de los combates, pocos días antes de la rendición, y le tuvieron que cortar el brazo derecho por arriba del codo. Nunca perdió el humor, yo no sé cómo.

Nos prometimos que nos escribiríamos, que estaríamos al tanto de lo que nos pasaba, que no nos olvidaríamos. Pero no sé si eso ocurrirá. Quizá sí con Esteban, que es más amigo, y vive en Buenos Aires,

cerca de Mar del Plata, adonde voy a volver pronto. Él se tomó un colectivo hacia su casa, yo tenía que irme hasta Aeroparque y desde ahí volaría. Por supuesto, el ejército no me pagaba el viaje. El pasaje a Trelew me lo mandó el papá de Marcela, Julio; es medio gruñón, pero es muy buen tipo.

De nuevo estaba en el aire. Esta vez, en el aeropuerto me esperaría mi familia. Era la vuelta, por fin, pero yo estaba triste. Y no sabía por qué. La azafata me vio el pelo corto, me preguntó de dónde venía, adónde iba. Cuando le conté me atendió como si fuera un pasajero de primera, y en mitad del vuelo el capitán pidió, por altavoz, un aplauso para un héroe de Malvinas, Eduardo Gutiérrez, que volvía a su casa en ese vuelo. Me pareció que no todos aplaudían, pero me gustó el gesto.



El sábado 25 me disfrazaron. Y a mi viejo también. La fiesta del egreso de Marcela era con vestido largo, las mujeres, y saco y corbata, los varones. A mi viejo solo lo había visto con traje en las fotos del casamiento. Y yo jamás me había puesto una corbata. Por suerte, mi viejo se acordaba de cómo hacer el nudo, recuerdos de la secundaria.

Mi mamá estaba relinda, con un vestido rojo que yo no le había visto nunca, larguísimo. Y tacos altos. Mi papá, cuando nos vino a buscar, le hizo un silbido admirativo, y ella le dijo que no fuera tarado, pero le sonrió. Después le dijo que él también estaba muy elegante, y le arregló un poco el nudo de la corbata. Conmigo ya se había rendido. Yo no me iba a abrochar el último botón de la camisa ni aunque me prometieran un premio. Y la corbata me

parecía un trapo ridículo colgando solo para molestar, así que, aunque no se los dije, tenía el firme propósito de sacármela apenas nos sentáramos a la mesa.

Marcela, con su panza y todo, estaba preciosa. Se había puesto un vestido rosa, con unas cosas que me dijeron que se llaman “volados”, y aunque no podía usar tacos altos, para evitar resbalones, las chatitas plateadas que le habían prestado también eran muy lindas. Mi papá se emocionó cuando la vio salir de la pieza y ella le dio un beso y lo trató de zonzo. La estaba ligando lindo, mi viejo, esa noche.

La fiesta era en Tío Curzio, un boliche elegante de Colón y la costa. Era un evento tipo casamiento, o fiesta de quince, con comida rica, brindis, vals que bailaban los egresados y luego los familiares. Y después baile general.

Comimos riquísimo, y mi mamá, por supuesto, no me dejó sacarme la corbata, aunque yo le dije que la iba a usar de servilleta. Después de la cena sonó el primer vals, y a Marcela la vino a buscar uno de sus compañeros, uno de los guitarristas del pícnic. Se le notaba que tampoco había usado un traje en su vida, estaba de lo más incómodo.

El compañero bailaba el vals tieso como un espantapájaros. Marcela, en cambio, se movía con mucha gracia. Y cuando terminaron la ronda, y ella saludó, la gente se rompió las manos aplaudiendo. Mi vieja no lloraba para que no se le corriera el rímel y mi viejo, cómo no, tenía los ojos brillosos.

Cuando se paró, y fue con los otros padres al centro de la pista, para bailar con su hija, estaba igual de duro que el compañero de la guitarra, aunque bailaba con un poco más de gracia. Al terminar se abrazaron muy fuerte. Yo me escapé a un rincón, no tenía ninguna gana de que a mi vieja se le ocurriera hacerme bailar el vals.

Al rato empezó el baile en serio, y la pista la comparon los egresados, ya sin corbata, con el carnaval carioca, en plan fiesta loca y a los saltos. Marcela no estaba para esas cosas, así que nosotros nos fuimos. Nos costó llegar a la puerta, porque en cada mesa las familias la paraban, le preguntaban para cuándo tenía fecha, le deseaban suerte.

Ya estábamos saliendo cuando desde la puerta de calle llegaron unos gritos. “Parece que hay uno que se quiso colar”, dijo uno de los porteros, y mi viejo meneó la cabeza, como diciendo “nunca falta un desubicado”. Pero no era un colado cualquiera. En las escalinatas del boliche, con una cara de mucho enojo que cambió apenas vio a Marcela, y un ramo de jazmines ya medio mustios en la mano, estaba Lalo.



Las sesiones con Mirta, la psicóloga, empezaron pronto, al poco tiempo de llegar a casa. Mi mamá me veía mal, se daba cuenta de que yo no era el mismo. Ni a jugar al fútbol iba. Mirta me pareció una vieja piola, simpática. Y después me di cuenta de que era muy sabia. Fumaba como un escuerzo y ni se le ocurrió preguntarme si me molestaba. Al contrario, me convidó, pero yo no quise. En los pozos, en plena espera, alguna vez había fumado, pero nunca me enganchó el cigarrillo. Manías de exdeportista, supongo.

Con ella pude desahogarme muchas veces. Le conté de Fernández, el correntino que quedó allá, que me había hecho prometerle que si tenía una hija la llamaría Lucía. Le conté de Carrascosa, otro pibe que me caía muy bien, que pisó una mina y voló en mil pedazos. De una nena kelper que nos sacaba la lengua cuando caminábamos por Darwin, desde la ventana de su casa, a la que uno de los nuestros le tiró una piedra y se comió tres días de calabozo. Del hambre. Del frío. De los otros muertos. De los aviones en primer plano, las balas trazadoras, la metralla,

los bombardeos, el ruido que parece que se te mete en el pecho y te retumba, del olor a pólvora, a barro, a mierda. Del miedo, que todavía siento, muchas veces, y que me despierta casi todas las noches.

Ella me escuchaba callada, no me interrumpía. Y cuando me daba por llorar me dejaba que llorara. Me decía que era bueno, que me iba a hacer bien.

Le conté que iba a ser papá, y me dio algunos consejos. Me tranquilizó, porque también a eso de ser papá yo le tenía mucho miedo. Un poco le sigo teniendo. Mirta me dijo que tener miedo era lo más común del mundo, que no hay futuro padre que no se asuste cuando se da cuenta de lo que va a enfrentar. Y me pareció que tenía razón.

Fue ella la que me pidió que escribiera en un cuadernito todo lo que se me ocurriera, los recuerdos, las dudas. Ella misma me regaló el cuaderno, de espirales y tapa dura. Hasta una lapicera me dio. Me dijo que no tenía excusas.

Escribir acá se me hizo costumbre. Este cuadernito es como un amigo, ahora escribo muchas cosas que me pasan, y casi todo lo que se me ocurre, no solo de las islas, aunque casi todo es sobre las islas.



Marcela ya había faltado mucho al colegio, así que, aunque Lalo estaba en casa y ella todavía tenía que cuidarse, retomó las clases con cierta normalidad. Yo también, claro: no tenía ninguna excusa para faltar, ni quería. Después de la fiesta de mi cumple no me había atrevido a decirle nada a Lili, pero no me olvidaba de que ella había dicho que sí cuando le preguntaron si yo le gustaba. Y no podía sacármelo de la cabeza. Los chicos, sobre todo Julián y Carlitos, mis más amigos, me insistían con que me le declarara, pero no me animaba. Ni siquiera a darle la carta de Buenos Aires y la postal del sur me había atrevido todavía.

Ya estábamos llegando a octubre y las señoritas empezaron a organizar la fiesta de fin de año, con la entrega de los diplomas, las medallas, todo eso.

Era bastante divertido, porque estaríamos solo los sextos, que nos despedían, y nosotros, los egresados. Cambiaría la abanderada y los escoltas, se entregaría la medalla al mejor compañero y haríamos un sketch, idea de María Belén, para homenajear a las maestras que habíamos tenido en los siete años, cargándolas un poco también, aunque muy poquito. La seño de Lengua y Sociales ahora estaba contenta. El novio había vuelto de las islas sano y salvo. En la guerra, como aviador civil, le había tocado transportar gente y materiales desde el continente, pero no había intervenido directamente en ninguna batalla, ni le habían disparado nunca. Tenía, según nos dijo la seño una mañana, algunos recuerdos muy malos de las cosas que había visto en las islas, pero estaba bien.

El que no estaba bien era Lalo. No era el mismo. Era raro verlo de veras contento, a pesar de que estaba otra vez con Marcela, y cuando ella volvía del colegio no se le despegaba, pendiente de la panza, de cada cosa que mi hermana necesitara. Pero dormía mal, estaba nervioso. Parecía que la guerra le había echado encima un montón de años, en apenas dos meses. Alguna noche lo escuché gritar en sueños, por suerte no demasiado. Ni mi mamá ni yo le decíamos nada, por supuesto.

Marcela tenía fecha para el 8 de octubre, que caía viernes. El lunes 4 fue al colegio normalmente, y el martes 5, cuando sonó el despertador, le dijo a mi mamá que sería mejor faltar. Hizo bien, porque

a media mañana le empezaron las contracciones y antes del mediodía mi viejo vino a buscarla para llevarla al hospital materno-infantil. Por suerte, cuando a la mañana Marcela dijo que no iría al colegio mi mamá me dejó quedarme, así que me sumé al grupo.

—5 de octubre... —dijo mi papá, apenas arrancamos rumbo al hospital.

— ... ¡Día del Camino! —completamos Marcela, mi mamá y yo a coro, y nos reímos.

Lalo nos miró sorprendido. Hubo que explicarle que el abuelo Juan, el papá de mi papá, había sido empleado de Vialidad Nacional y por eso en casa sabíamos que el 5 de octubre era el Día del Camino: el día en que los trabajadores de Vialidad tenían franco.

Yo pensé que caminaríamos por los pasillos durante horas, como en las películas, pero todo fue rapidísimo. Apenas pasada la una de la tarde nació mi sobrino. Lalo nos abrazó fuerte a todos antes de entrar, primero que nadie, a ver a Marcela y a conocer a su hijo. Un rato más tarde, cuando también nosotros pudimos verlo (era un negrito chiquito, con la cara morada, peludo, bastante feo, y me dio impresión que mi vieja dijera que era igual a mí cuando nací), nos enteramos de que se llamaría Juan Manuel. Juan por el abuelito de Vialidad, ya que se le había ocurrido nacer el famoso 5, y Manuel por un tío de Lalo, que había sido uno de sus técnicos en las inferiores de Germinal y Lalo lo quería mucho. De inmediato empezamos a decirle Juanma, por supuesto.

Marcela se lo pasó a Lalo, que lo tuvo un ratito en brazos mientras nosotros abrazábamos a la flamante mamá. Después lo alzarón los abuelos, primero mi mamá, después mi viejo. Los dos tenían unas sonrisas gigantes y mi papá, otra vez, los ojos brillantes y húmedos. No pensé que me lo iban a dar, pero me lo dieron. Era tan chiquito, tan frágil, que me dio la impresión de que se me podía romper. Pero lo agarré fuerte y lo miré a la cara. Me hizo algo que no sé si era una sonrisa. Y ya no me pareció feo, me pareció hermosísimo. Lo miré a Lalo. Sonreía también. No era todavía la sonrisa luminosa que le conocíamos, pero tuve la esperanza de que pronto la recuperaría.



Viajé a Mar del Plata en micro, desde Rawson. Como veinte horas, que se me hicieron eternas. Estaba convencido de que ya estaba en condiciones de convivir con Marcela, que pronto tendría a nuestro hijo. Mirta, la psicóloga, me dijo que viajara tranquilo, que le escribiera, que si lo necesitaba la llamara por teléfono, y me dio el número, además, de una colega de ella en Mar del Plata, que había conocido en un congreso y le parecía buena. Me pidió que no dejara de escribir en mi cuadernito. No hacía falta que me lo pidiera. Ya era parte de mi rutina diaria, el cuadernito era mi amigo fiel.

Llegué a la terminal de Mar del Plata sin avisar, una noche de sábado. Quería caerle a Marcela de sorpresa. Tomé un colectivo que tardó otros mil años y cuando golpeé las manos en la vereda me acordé de un año atrás, de la primera vez, cuando Leo, mi cuñadito, me abrió la puerta. Me acordé del día que me invitaron a vivir con ellos y yo no sabía que me iba a enamorar de Marcela. No había nadie. Crucé a la casa de Fabi, adonde llamaba por teléfono, y ellos me dijeron que estaba en su fiesta de

egresada y me explicaron cómo llegar a Tío Curzio. No quise saber nada de esperar hasta que Marcela volviera, no podía.

Cuando la vi, con su panza enorme, más hermosa que nunca, en la puerta del boliche elegante al que no me dejaron entrar, me temblaron las rodillas. Me había dicho a mí mismo que no iba a llorar cuando la abrazara, no tenía que asustarla. Y me la aguanté. Lo más difícil fue cuando puse la oreja para escuchar las patadas de mi hijo en la panza. Pero me mordí la lengua. No iba a llorar, aunque fuera de alegría.



Juanma era buenísimo. No lloraba nunca, dejaba dormir, tomaba la teta, un relojito. Marcela estaba feliz. Y Lalo, cada día un poco más recuperado, salía casi todas las mañanas a ver si conseguía trabajo, por el momento sin suerte. Mi viejo le había avisado que hasta que empezara la temporada sería difícil conseguir algo, y ya lo había anotado en dos lugares: en un reparto de materiales de ferretería y como posible empleado del corralón El Inglesito, porque era medio amigo del dueño. Justo El Inglesito, parecía chiste. En plena guerra el dueño del corralón le había cambiado el nombre por El Indiecito, aunque fuera ridículo. Al cartel del inglés con pipa lo habían reemplazado por una especie de Patoruzito, con vincha y pluma, que nos daba risa.

Marcela terminaba la secundaria con todas las materias aprobadas, y se preparaba para la fiesta de la despedida, el primer viernes de diciembre, a dos días del segundo “cumple mes” de Juanma. Ese día otra vez la familia completa estuvo de festejo, en el salón del colegio. Cada egresado de los cuatro quintos recibiría medalla, diploma y beso, así que la cosa iba a ser bien larga. Esperábamos que Juanma se bancara el calor y el ruido. Y a los curiosos que pasaban a mirarlo todo el tiempo en su carrito y le hacían morisquetas.

Casi al comienzo del acto, apenas después del himno y las palabras de la rectora, el profesor que hacía de maestro de ceremonias anunció que las palabras de despedida estarían a cargo de la alumna Silvana Gurrieri, de 5^a 2^a. Pero cuando Silvana tomó el micrófono dijo muy seria que los compañeros habían votado y que querían que hablara Marcela Ramos Torales. Hubo un murmullo generalizado, y varias de las autoridades pusieron cara de enojo, pero mi hermana sonrió nerviosa y se levantó. Apenas salieron de su asombro, Lalo y mi papá silbaron muy fuerte. Mi sobrino se quejó un poco cuando Marcela se lo pasó a mi vieja, pero a upa de la abuela se quedó tranquilo.

Mi hermana se paró frente al público y trató de parecer tranquila, aunque la hojita que había manuscrito le temblaba un poco. Tosió, hizo una sonrisa, y se largó a leer.

“Autoridades, señoras y señores profesores, padres, madres, alumnos, compañeros, esposos,

esposas, novios, novias y bebés presentes, buenos días”, comenzó y arrancó algunas risas. Pero después no hubo muchas sonrisas, porque Marcela estaba decidida a poner el dedo en la llaga.

“Es una alegría muy grande para todos nosotros terminar esta etapa, que nos abre la puerta al futuro. Seremos estudiantes, trabajadores, ciudadanos. Nosotros, los que todavía parecemos chicos, los que bailamos a los saltos, los que estudiamos solo a veces y más que nada cuando no hay más remedio, los que estuvimos estos cinco años creciendo y creciendo para ser adultos, o casi, seremos los profesores, los profesionales, las madres (algunas ya lo somos, les cuento) y los padres de la próxima generación. Sabemos que parece mentira, que a nuestros papás y a nosotros mismos nos da impresión que todo haya pasado tan rápido. Me acuerdo de mi amiga Luciana, hoy escolta de la bandera, que en primero no quería entrar de los nervios, y me agarró fuerte la mano cuando una preceptora la retó en la fila, ese mismo primer día. Luciana va a ser médica, y estoy segura de que será una médica genial. Mi amigo Lucas, que toca la guitarra y compone, va a ser profe, y qué maravilloso profesor de música me imagino que será. Ojalá siga componiendo, y dé recitales, y grabe discos. Pero también me encantaría que trabajase en este, nuestro querido colegio, y tuviera que aguantar a unos cuantos alumnos ruidosos, como a nosotros nos aguantó la profe Cánepa, cantando a los gritos en el coro. Y así

con todos. Juanita, de 5º 1ª, todavía no sabe qué va a estudiar, pero ya tiene trabajo para el verano. Silviana, de 5º 2ª, que me dejó su lugar en este acto, quiere ser periodista. Mi compañero Fernando va a trabajar en el campo con su viejo, y va a ser veterinario. Y yo, quiero contarles, voy a ser maestra. Y cuando sea maestra voy a recordar a mis profes de estos cinco años, porque no quiero olvidar nada de lo que aprendí acá. A mis futuros alumnos les voy a hablar de lo importante que es tener memoria. Les voy a decir que no hay que olvidar las cosas que de veras importan, para no repetir errores, para que aprendamos. Les voy a hablar, también, porque a la memoria hay que alimentarla, de la guerra que vivimos este año, que algunos, tan pronto, ya empiezan a olvidar. Me da miedo el olvido. En mi casa, con mi familia y con Lalo, el papá de mi hijo Juan Manuel, vivimos la guerra muy de cerca. Lalo más que nadie, porque estuvo allá, en las islas. A mis futuros alumnos les voy a enseñar que no podemos olvidarnos de nada de eso. Les voy a hablar de justicia, de responsabilidad, de elecciones: de elegir a quienes nos representan, de elegir a los que toman decisiones. Nosotros, los egresados de quinto de este año tan especial, tenemos que tomar una bandera: la de estar atentos, la de ser memoriosos. No nos puede pasar que siendo egresados justo de este año 1982, el año en el que muchos chicos casi tan chicos como nosotros perdieron la vida, nos demos el lujo de olvidarnos”.

Marcela hizo una pausa. Leía sin quebrarse, con una seguridad que yo no le conocía. Me pareció que cuando se recibiera sería una gran maestra. Y una maestra brava, sin duda, pobres chicos. En el salón había un silencio total. Yo creo que nadie esperaba que en el discurso de despedida apareciera la guerra. Para muchos, seguro, era incómodo. Marcela y los compañeros que la apoyaron habían tomado una decisión valiente. Después de la pausa, siguió, un poco más distendida. Yo la miraba maravillado.

“No quiero ponerlos tristes, porque hoy es un día de felicidad: egresamos, terminamos la secundaria, en un rato festejaremos otra vez a los gritos, ruidosos como somos, en el quiosco de Charly, en la esquina que en cinco años visitamos casi tanto como las aulas. Y en la plaza, donde, ustedes no digan nada, algunas veces nos juntábamos para ractearnos. Pero no podía dar este discurso sin hablar de lo que nos pasó este año, a todos los argentinos. Yo, justamente, por amor, no podía. Espero que todos los que hoy nos despedimos del colegio seamos felices, responsables y dignos. Gracias, profes que nos ayudaron, nos enseñaron y nos aguantaron. Gracias, padres y madres. Y gracias, también, a los soldados. No los olvidaremos”.

Marcela dobló el papel que había leído y bajó del escenario. Después de unos instantes de silencio todos aplaudimos muy fuerte. No quise ni mirar a mi papá. Ya sabía cómo tendría los ojos.

Un rato después, como dijo Marcela, los egresados se fueron al quiosquito de la esquina. Lalo le dijo a mi hermana que fuera tranquila, que festejara. Él se encargaría de Juanma, nos lo llevaríamos con el carrito hacia la playa, padre y tío responsables.

Un rato después, frente al mar, con su hijo en brazos, Lalo me preguntó cómo andaba. Le conté de Lili, hacía rato que quería contarle. Se rio, primero, pero después me miró a los ojos.

—Te dejás de embromar, cuñadito —me dijo, sonriente—. La próxima vez que tengas oportunidad le decís lo que sentís. No hay que perderse de nada.

Después acostó a Juanma, que se le había dormido a upa, y caminamos por la rambla. Yo pensé un poco en lo que había dicho Marcela. Teníamos que acordarnos de todo. Y me daba miedo que la gente no quisiera ni oír hablar de lo que había pasado en Malvinas, hacía tan poco.

De a ratos Lalo perdía la mirada en el mar, pero sonreía.



Mi hijo Juan Manuel es el ser más hermoso de la Tierra. Lo miro y le veo los ojos de Marcela, la sonrisa de mi mamá, la mía también, la que tenía antes y siempre me gustó regalar. Lo miro y pienso que la vida es más fuerte que la muerte, que tengo que seguir viéndome con mis amigos de Malvinas, que tengo que luchar con ellos, ahora más que antes, para que reconozcan lo que hicimos. Yo no digo que seamos héroes; esa no me la creo, ni me interesa. Pero sí sé que con los otros chicos pusimos el cuero allá, y merecemos que, por lo menos, nos agradezcan lo que hicimos. Que nos recuerden, que nos respeten.

Y todo eso lo tengo que hacer no solo por los compañeros y por mí. Lo tengo que hacer por mi hijo Juanma, que es el futuro.



21

Yo también terminaba mi escuela primaria, una semana después que mi hermana. No me había animado a actuar en el sketch, pero había ayudado a escribirlo y haría de apuntador, ayudante de la directora (la seño María Belén), cadete o lo que hiciera falta. Era divertido.

Ese día, también viernes, me tocaba a mí ser la estrellita familiar. Mis viejos, Marcela y Lalo estaban en la primera fila, con Juanma. Yo había entrado a la escuela empujando el carrito de mi sobrino y todo el grado se me vino encima. Me sentí el centro del mundo, mostrándoles al bebé. Lili me felicitó, y yo la miré medio fijo. Levantó las cejas, sorprendida, sin entender. No importaba. Yo sí sabía lo que mi mirada quería decir.



Hubo entrega de medallas y diplomas, cambio de bandera, medalla al mejor compañero (Carlitos, mi amigo) y discursos, esta vez un poco menos fuertes que el de mi hermana en su colegio. Y todos nos reímos mucho con el acto que armamos, imitando a la directora, al portero, a la Troncoso, que para sorpresa de todos se rio a carcajadas, y hasta al dueño de la librería de la esquina, que tenía un carácter podrido y a todos nos trataba mal.

Después nos sacamos un montón de fotos y avisamos que nos iríamos, solos, a la plaza San Cayetano, que era nuestro segundo lugar de encuentro, después de la escuela. Haríamos un gran pícnic de despedida. Antes de irse, Marcela me dio un ratito a Juanma para que me luciera con él en brazos y Lalo me guiñó un ojo.

En la plaza hicimos una ronda grande, sacamos de las mochilas las galletitas, los alfajores, algunos sándwiches y bebidas, y lo pusimos todo en el medio. En mi mochila, además de una Crush que ya estaba medio caliente y un paquete de papas fritas grande, yo tenía la carta que le había escrito a Lili en Buenos Aires, cuando nos reencontramos con el soldado recién llegado de la guerra. Y la postal que compré en el viaje al sur, cuando lo volvimos a ver y conocimos a su familia.

Con los sobres en la mano recordé la sonrisa del soldado, lo que me había dicho en la playa. Lalo tenía razón. Tomé mucho aire, atravesé la ronda y se los di a Lili. Ella me miró a los ojos. Y a mí no me importó que estuvieran todos los demás chicos cuando le pregunté si quería ser mi novia.

Índice



Prólogo	7
Capítulo 1	13
<i>El 26 de marzo...</i>	17
Capítulo 2	19
<i>La primera noche...</i>	23
Capítulo 3	25
<i>A nosotros nos tocó...</i>	29
Capítulo 4	31
<i>Las noches eran tan oscuras...</i>	35
Capítulo 5	37
<i>Cuando se hizo patente...</i>	41
Capítulo 6	43
<i>Teníamos un cabo...</i>	47
Capítulo 7	49
<i>Los bombardeos nocturnos...</i>	53
Capítulo 8	55
<i>Las balas trazadoras...</i>	59
Capítulo 9	61
<i>“Papi”...</i>	65
Capítulo 10	67
<i>Un día nos pidieron...</i>	71

Capítulo 11	73
<i>Cuando llegó la noticia...</i>	77
Capítulo 12	79
<i>Tiramos las armas...</i>	85
Capítulo 13	87
<i>A mí me tocó embarcar...</i>	95
Capítulo 14	97
<i>Bajamos del Canberra...</i>	101
Capítulo 15	103
<i>A los pocos días de haber llegado...</i>	107
Capítulo 16	109
<i>Una de las cosas que recuerdo...</i>	113
Capítulo 17	115
<i>Cuando me dieron la baja...</i>	119
Capítulo 18	121
<i>Las sesiones con Mirta...</i>	125
Capítulo 19	127
<i>Viajé a Mar del Plata...</i>	131
Capítulo 20	133
<i>Mi hijo Juan Manuel...</i>	139
Capítulo 21	141
Agradecimientos	145



Mario Méndez

Nació en Mar del Plata en 1965. Estudió Realización cinematográfica, es maestro, editor y escritor. Ha escrito muchos libros de cuentos y novelas por los que obtuvo diversos premios. Entre sus obras se destacan *El tesoro subterráneo*, *Cabo Fantasma* y *Gigantes* (Destacado de ALIJA). En Norma ha publicado *Los buscadores del Tuyú* en Torre Amarilla, *Patriotas* (junto a Ana María Shua) en Torre Azul y, en Zona Libre, *Los bandera* (junto a Laura Ávila).



Juan Pablo Zaramella

Nació en Buenos Aires. Es ilustrador y director de animación. Ha publicado en medios gráficos y ha ganado premios internacionales. Su corto "Luminaris" fue preseleccionado para el Oscar al Mejor Corto Animado. Es creador de la serie "El hombre más chiquito del mundo".



Ezequiel Quines

Nació en 1987. Estudió dibujo y pintura en la Escuela de Bellas Artes Carlos Morel y en los talleres de Guillermo Roux, José Alberto Marchi, Laura Olalde y Carlos Garaycochea.

Llegaste
a lo alto
de esta



Ahora
podés ver
más lejos.

Amarilla

TORRE

A partir de los 11 años

HISTORIA

Las sonrisas perdidas

Mario Méndez



*Una historia de amor y dolor,
que narra la experiencia de
un soldado argentino en la
guerra de 1982.*

A la casa que comparten Leo, su mamá y su hermana en Mar del Plata, llega "Lalo" Gutiérrez, un muchacho patagónico que tiene que cumplir con el servicio militar obligatorio. Trae saludos de unos parientes y una recomendación, por lo que la familia lo invita a quedarse con ellos durante los días de franco. Nadie puede imaginar lo que vendrá: pocos meses después, la Argentina entrará en guerra contra Gran Bretaña y el querido Lalo será uno de los soldados trasladados al frente. La recuperación de las islas, que había comenzado como una gesta patriótica, se convertirá en uno de los momentos más tristes de nuestra historia.

Norma

www.normainfantilyjuvenil.com/ar

